Mundo Argentino



El ejemplar 10 centavos en toda la República

Don Fermín por DANTE QUINTERNO

























Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO — APARECE LOS MIERCOLES
LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

Subscripción anual únicamente
Capital (52 números) ...... $ 5.— m|n.
Interior „ ...... „ 5.— „
Exterior .... „ 3.— oro
Número suelto .... „ 0.10 m|n.
„ atrasado .... „ 0.20 „



Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262 - 300
U. T. 60 Caballito, 1020 al 1029
Dirección Teleg.: "Senyah"
Oficina Central para Avisos y Subscripciones:
Av. ROQUE SAENZ PEÑA, 65?
(1er. piso)
U. T. 38, Mayo, 2031, 2032 y 2033
Buenos Aires

AVISOS DEL EXTERIOR. — Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

Representantes en el exterior. — En Inglaterra: S. S. Koppe & Co. Ltd., Chronicle House. 72-78 - Fleet Street, London, E. C. 4. En los Estados Unidos: S. S. Koppe & Co. Inc. Times, Building, Nueva York

AÑO XXI — BUENOS AIRES, AGOSTO 5 DE 1931 — NÚM. 1072

NOTAS DE LA SEMANA

NUEVA ERA

Al clausurar la conferencia de primeros ministros celebrada en Londres, algunos de los oradores dijeron tener la impresión de que se inauguraba una nueva era en las relaciones internacionales, y a juzgar por los discursos de los demás, en todos dominaba la misma impresión. Los resultados prácticos de la conferencia, en cuanto al asunto concreto que la había motivado, no fueron considerados sino medianamente satisfactorios, pero el mero hecho de la conferencia, prescindiendo del favorable espíritu que reinó en ella, es un acontecimiento que efectivamente autoriza a creer en una nueva era en las relaciones internacionales. En tiempos bien cercanos el supremo ideal era el arbitraje, dándose por supuesto que las naciones permanecieran en el aislamiento. La idea de una conferencia de primeros ministros para tratar de resolver la situación de una de ellas estaba muy lejos de la mente de todos. El haberse llegado a eso, un paso más allá de los tribunales internacionales y de las conferencias internacionales de plenipotenciarios, es un hecho bien significativo. Y lo es mucho más si se tiene en cuenta que antes el egoísmo nacional no miraba con malos ojos la ruina del vecino, y que hace aún muy poco el objeto que se perseguía era más bien la ruina que la restauración de Alemania. Será también el egoísmo lo que ahora ha guiado a las naciones, pero el egoísmo que en lugar de conducir al aislamiento conduce a la solidaridad. En todo caso, son las previsiones optimistas las que se van realizando en las relaciones internacionales. No nos cueste trabajo comprenderlo. Si fuesen las del pesimismo, la situación del mundo no tardaría en hacerse intolerable, y la humanidad no podría ser tan torpe que se dejase arrastrar a ese peligro.

SERVICIOS DE ELECTRICIDAD

Variada información han traído últimamente los diarios sobre este asunto.

En el Rosario la municipalidad impuso una multa a la empresa por haber suprimido el servicio a una finca que posee generador propio, de modo que no hace uso de aquél sino en caso de emergencia o en forma auxiliar. La obligó también a restablecer la conexión. Según la resolución de la municipalidad, el servicio no puede ser suprimido sino por falta de pago. La empresa pidió más tarde que esta resolución fuese reconsiderada, pues se cree amparada por un decreto del 22 de diciembre del año 25, que interpretaría en su favor el contrato de concesión.

El vecindario de Moreno se ha incorporado al número de los que piden la rebaja de las tarifas. El caso no tiene nada de particular, pero merece ser mencionado porque allí la empresa cobra 46 centavos el kilovatio, lo cual no se creería en una localidad tan próxima a Buenos Aires y que es la estación terminal del servicio de trenes eléctricos del Oeste.

En el Bragado se agita la idea de fundar una usina popular si no se consigue llegar a un arreglo con la empresa, cuyo contrato está próximo a vencer. Ella ha ofrecido rebajar a 35 centavos el kilovatio, pero el vecindario exige que sea a 15 o 20.

En Bolívar quedó resuelta la fundación de una usina popular. Se celebró una entusiasta asamblea en la que hicieron uso de la palabra el comisionado municipal, doctor Rogelio Solís; el señor Constantino Fernández, de la usina popular del Azul; el señor Abundio Cabadini, de la de Chivilcoy, y el señor Tomás Cosentino, de la comisión pro usina de Nueve de Julio. La resolución del vecindario de Bolívar ha sido la última novedad en materia de usinas populares.

El síndico designado por la intervención de Mendoza para fiscalizar el funcionamiento de la empresa de Luz y Fuerza, doctor Heriberto Baeza González, presentó un informe sobre la forma en que dicha empresa ha aplicado las tarifas a varias municipalidades de la provincia, por el suministro de alumbrado público.

Las conclusiones del informe establecen que la empresa ha cobrado de más alrededor de 700.000 pesos en los últimos tres años, suma que corresponde ser devuelta a las municipalidades, para que éstas, a su vez, la devuelvan a los vecindarios.

Se basa el informe en que la empresa, según el contrato, se comprometió a cobrar a las reparticiones públicas media tarifa, habiéndolo hecho así con la municipalidad de la ciudad capital, pero excluyendo de dicha ventaja, no obstante los términos del contrato, a las de Las Heras, Guaymallén y Godoy Cruz.

PATRON DE PLATA

El gobierno mejicano ha promulgado una ley del Congreso cuyo alcance parece ser el establecimiento del patrón de plata. En efecto, se manda retirar de la circulación la moneda de oro, dejando únicamente las de plata, y por la reintegración de los depósitos en oro los bancos no entregarán sino el 30 % en esta moneda, y el 70 % restante deberán hacerlo en plata y a la par.

El problema monetario mejicano es particularmente complicado, debido a que allí a las oscilaciones del cambio internacional se agregan las del valor de la plata. Dicen las informaciones que el pueblo acogió con júbilo la nueva ley, y no es de extrañarse, pues ella se propone sostener el valor de la moneda nacional, pero sería la primera vez que se consiguiese establecer una paridad inalterable entre el oro y la plata.

Por uno de los artículos de la ley el Banco de Méjico es autorizado a emitir papel moneda en una canti-

dad equivalente al doble de sus reservas de oro y moneda extranjera. Este papel será de curso forzoso y circulará con valor igual al de la moneda de plata. Es de creerse que la ley surta efecto en cuanto a que el billete y el peso plata circulen por el mismo valor, pero también hay que suponer que las oscilaciones del valor de la plata y del cambio internacional arrastren conjuntamente a las dos monedas.

Lo que verdaderamente necesitaría la moneda mejicana sería que la plata se valorizase, pues como el país es productor de plata, la baja de este metal ataca al mismo tiempo a la moneda y a la producción nacional.

SORPRESAS ARANCELARIAS

El "Jornal do Brazil" considera que tanto aquí como allá existen las mejores disposiciones para la firma de un modus vivendi que ponga término a las sorpresas arancelarias.

Las sorpresas no son lo de menos cuidado en materia de política arancelaria. De la noche a la mañana una nación puede alterar un arancel y causar un verdadero y nunca bien justificado perjuicio al productor de otro país.

Chile y Alemania habían firmado un tratado comercial que estaba en vigor desde hace poco más de tres meses. Cosa que no se hubiera supuesto al día siguiente de ese acontecimiento en las relaciones entre ambos países, Alemania acaba de gravar con tarifas prohibitivas el nitrato natural. Decíase que a raíz de esto el gobierno chileno iba a denunciar el tratado.

UNA HERMANA DE GAMBETTA

Las noticias de Francia nos enteran del fallecimiento de una hermana de León Gambetta, el célebre político y patriota que durante el sitio de París salió en globo de la ciudad y organizó el ejército del Loira. La extinta, señora Leris Gambetta, tenía ya 91 años. Tan lejanos parecen los tiempos de la actuación de Gambetta, tantos nuevos capítulos se han agregado a la Historia desde entonces, que es notable que una hermana suya haya llegado hasta nuestros días. El fallecimiento de Gambetta ocurrió hace cerca de 50 años, teniendo él 44.

CURIOSO EFECTO

El gobierno, dice el corresponsal de "La Nación" en París, siente verdadera preocupación por el aumento del déficit de la balanza comercial. El ministro de Comercio ha declarado lo siguiente: "Si el ritmo actual continúa, alcanzará a fin de año el déficit a 15.000 millones de francos. Por todos los medios debemos poner remedio al mal". ¿Cuál será el remedio?, dice el corresponsal. La revisión de los tratados de comercio sobre bases distintas a las existentes, cuyo ultraprohibicionismo ha motivado represalias de los países que se consideran perjudicados.

Curioso efecto del ultraproteccionismo: en lugar de equilibrar la balanza comercial, la desequilibra. El ultraproteccionismo puede reducir las importaciones, pero no puede garantizar que se mantengan las exportaciones.

EL HOMBRE PELUDO

Un telegrama de Nueva York:

"El doctor Carpelan ha anunciado que una expedición constituída por 30 hombres de ciencia partirá en breve para los andurriales de Borneo, en busca de una raza de hombres cubiertos de pelo y muy semejantes a los simios, que se cree puede constituir el eslabón perdido de la teoría de Darwin."

Que se apresuren a llegar, o les van a ganar de mano los agentes de las marcas de depilatorio.

LAS ENCUESTAS DE "MUNDO ARGENTINO"

"¿Qué hizo usted con el primer dinero que ganó?" — me pregunta MUNDO ARGENTINO.



Contesto: Fueron dos pesos con cincuenta centavos — yo contaba entonces once años de edad, — en pago de un retrato al carbón, tamaño natural, que hice de la madre de un compañero de la escuela.

Fué el primer **trabajo** por el que percibía algo, porque llevaba ya dos o tres años haciendo retratos gratuitos de los progenitores de mis condiscípulos, quienes al confiarme el original que yo tenía que ampliar, la sola recomendación que me hacían era ésta:

—Che, dicen en casa que lo único que te piden es que no vayas a echar a perder la fotografía...

Después de esos dos pesos con cincuenta, ganados en 1904, poco dinero me dió el **lápiz**, hasta el año 1921, cuando entré en "Ultima Hora", donde estuve dos años consecutivos ganando la bonita suma de mil pesos mensuales que me abonaban en religiosas quincenas de quinientos pesos. Nunca toqué un peso de esas 48 quincenas, las que fueron depositadas en el Banco de la Nación, y con su importe y unas cédulas pagué la primera casa de las cuatro que poseo, ganadas todas a base de papel y lápiz.

Dicen que nadie es profeta en su tierra. Yo, sin embargo, no llegué a **profeta**, pero sí a **propietario**, gracias a la cariñosa atención prestada a mis **monos**, por el público de mi país.

Ahora, entre nosotros y en voz baja: esta situación de **casero** es bastante molesta. Para esto sí que no he nacido con vocación... Por eso espero que **pase la revolución** — según la expresión de un rematador — para venderlas. Prefiero gastar ese dinero en visitar tierras lejanas.

Queda enterado de algo más **Mundo Argentino**, y voy a terminar por donde debí empezar, concretando la respuesta así: **Los primeros dos pesos con cincuenta centavos que gané los entregué a mi madre con la gran ilusión de que con mis dibujos ya podría "ayudar" a los gastos de la casa...**

Ramón Columba

EN MEMORIA DEL Tte. CORONEL MONTIEL

El teniente coronel Montiel, que, como se sabe, fué muerto de un tiro en Corrientes por negarse a participar de la sublevación del regimiento 9 de infantería



UN ACTO SOLEMNE FUE LA MISA QUE EN MEMORIA DEL TENIENTE CORONEL MONTIEL se ofició en la ciudad de La Plata. Asistieron el interventor federal, el jefe de policía, el teniente coronel Larronde y autoridades eclesiásticas y civiles, además de considerable público que religiosamente presenció la emocionante ceremonia, la cual puso de manifiesto el dolor que ha provocado la desaparición del mencionado militar

Fotos Varela



EL EJEMPLAR JUEZ JULIO M. FACIO asistió a la misa acompañado de su esposa y su hijita, entre el público que presenció la ceremonia



EL ABANDERADO DEL REGIMIENTO 6 DE CABALLERIA, durante la realización del piadoso acto



NO FALTARON LAS MUJERES en el imponente acto, que tuvo así un digno marco. He aquí un simpático grupo de señoritas platenses dirigiéndose al lugar donde se efectuó la misa



EL PRESBITERO FERNANDEZ PAZ tuvo a su cargo el oficio religioso y fué sorprendido por nuestro fotógrafo en momentos que iniciaba la misa



Los cuentos históricos de MUNDO ARGENTINO

¡Bendita sea tu mano!

DE mal en peor iban los sucesos políticos de Suecia, en tiempos de Gustavo III, el rey libertino y disipador. El torrente de sangre derramado por la Revolución francesa, que empezó por guillotinar regias cabezas y acabó por degollar aristócratas y plebeyos, a granel, desparramóse velozmente hacia los más apartados rincones de todas las naciones europeas. Luego, pues, los pueblos comenzaban a murmurar, para terminar rugiendo. Esto, que en aquel entonces, era ya sabido de todos, lo ignoraba todavía Gustavo III. Tan preocupado se hallaba en divertirse a toda costa que, ni siquiera advertía los bramidos de la cólera popular que tan de cerca y obstensiblemente, amenazaba ya su corona y su vida. En el afán de mantener su libertinaje, creaba nuevos tributos abusivos y deshonestos; cualquier medio era bueno, siempre que rindiese dinero, ¡mucho dinero! Así y todo, muy a menudo se conspiraba en Suecia, sigilosamente, pero en todo el reino.

El barón Bjelke, secretario particular del rey y su íntimo, al sospechar que algo muy grave se tramaba en contra de su amo y señor, a fin de cerciorarse de la verdad, supo hacerse aceptar por los conspiradores, como uno de ellos. Exponía así, heroicamente, su propia vida, en aras de una lealtad que asombra, por lo increíble.

Cuando se decidió, irrevocablemente, el asesinato de Gustavo III, Bjelke, abandonó el comité revolucionario y dirigióse a todo correr hacia el palacio real. En una atropellada impropia de su exaltada posición social, transpuso los salones hasta llegar a la antecámara real, guardada por un noble paje. Sabía que el rey iba a salir enmascarado para asistir al gran baile de la Opera, precisamente el lugar donde el regicidio se debía efectuar, y lo atormentaba la idea de no llegar a tiempo de prevenirle.

—¿Ha salido, su majestad? — preguntó ansioso, al paje.

—¡Todavía no, excelencia! ¿Desea el señor barón, que lo anuncie? — contestó el paje, mientras sonreía con cierta imprudencia.

—¡Sí! ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

El joven guardián alargó la maliciosa sonrisa y murmuró:

—He recibido una carta de muy exquisito perfume, para su majestad. ¿Desearía el señor barón encargarse de llevársela?

—¡Dádmela, sinvergüenza! y avisad al rey que deseo hablarle con mucha urgencia.

Así que el paje desapareció, Bjelke, muy nervioso, se puso a voltear la carta, maquinalmente, por juguete, cuando notó en su reverso, un sello que aguzó su curiosidad. Al observarlo más detenidamente, su rostro cambió de súbito; volvióse muy pálido y severo. Por de pronto, rompió el sello y leyó con avidez, la extraña misiva. Cuando el paje reapareció, y le anunció que el rey le esperaba, el barón contemplaba tan absorto la carta, que ni advirtió que le hablaban. Entonces el paje, que había notado su profunda transfiguración, atrevióse a inquirir:

—¿Os sentís enfermo, excelencia?

—¿Enfermo? ¿Estás loco? — redarguyó el barón indignado, mientras guardaba la carta en un bolsillo. — Y penetró en el real aposento.

Al llegar a la sala donde el rey se vestía, iba ya en pleno dominio de su calma habitual. Ante tres espejos combinados, Gustavo III se probaba el dominó que ordenara para el baile de la Opera. Familiarmente recostado sobre un diván, hallábase el barón Arnfelt, compañero favorito de todas las locuras y disipaciones del monarca.

—¿Qué te parece mi disfraz, Bjelke?..

—¡Todo un gran éxito, os espera, majestad! — replicó el secretario, encantado, en su íntimo, del doble sentido de su repuesta.

—¡Y bien lo merezco! Yo mismo he dibujado el modelo. Es el hábito de penitencia negro, que solían llevar los delincuentes. Solamente que el mío va adornado de rojas llamas infernales. — Y reía cínicamente.

—¡No se me había ocurrido tal cosa! — agregó Arnfelt, — mas confieso que os sienta muy a carácter.

Mientras reían, una polvera cayó al suelo y con ella un sobre dirigido al rey.

—¿Qué es esto Francis? — inquirió éste de su valet de chambre. — ¿Dónde diablos ha venido esta carta?

Francis levantó la misteriosa misiva y declaró evidentemente asombrado:

—¡Lo ignoro, sire! A mí, no me la han entregado.

El rey leyó la carta y la pasó, en seguida, al secretario.

—¡Mirad Bjelke, que ricas nuevas nos envían!

Y de nuevo rió airadamente.

Bjelke reconoció, de inmediato, la letra del coronel Lillehorn, uno de los conspiradores y leyó en voz alta y calma:

"¡Sire!

"Dignaos escuchar el consejo de uno que no está a vuestro servicio; de uno que no solicita vuestros favores; que no os alaba vuestros crímenes y, todavía, desea evitar un serio peligro que os acecha. Se ha decidido asesinaros, esta misma noche, en el baile de la Opera. No abandonéis vuestro palacio. ¡Que Dios os guarde!"

Arnfelt levantóse, de súbito, ansioso y dijo:

—¿Aceptaréis el consejo, sire? Es, sin duda, lo más prudente.

El rey se desternilló de risa y agregó:

—Si yo diera crédito a todos los anónimos, hace rato que no me hubiese divertido un solo momento de mi vida. Y vos, Bjelke, ¿qué pensáis de todo esto?

Este, procuró mantenerse calmo y contestó displicente:

—Yo creo que alguien busca amedrentaros.

—¿Amedrentarme, a mí? — gritó furioso el monarca.

Arnfelt, muy agitado, insistió:

—¡Os ruego, sire, me escuchéis! Es muy probable que este aviso proceda de un amigo. ¡Os ruego, no abandonéis vuestro palacio!

Pero Bjelke, objetó cínicamente:

—¡Y permitiremos, así, que uno cualquiera se vanaglorie de haber burlado a su majestad!

—Tenéis razón, Bjelke. El lazo está bien armado, para que se rían de mí. ¡Iremos al baile, y basta de comentarios!

Todavía, Arnfelt no desistía de su propósito y volvió a interceder:

—¡Seguridad ante todo, sire! Los re-

yes suelen tener muchos enemigos, y muy pocos amigos. ¡Perdonad, sire! ¡Os imploro, de nuevo, no arriesguéis vuestra vida! ¡Yo no soy un supersticioso y mucho menos un cobarde; soy apenas un fiel y leal servidor de mi rey! ¡Siento que algo fatal os ocurrirá esta noche, si persistís en salir!

La tenaz insistencia de Arnfelt, impresionó vivamente al soberano. Quedó pensativo; meditaba profundamente. No ignoraba que tenía enemigos y rencorosos. Y el recuerdo de sus crímenes, algunos de los cuales eran verdaderas monstruosidades, le infundían terror. Acordábase, sobre todo, de la avilantez con que enlodó a toda la familia de uno de los más queridos nobles del reino. Su nombre — Ankerstrom — resonaba persistentemente en sus oídos. El recuerdo de tal delito lo aniquiló. Sintióse acobardado y por fin, abatido y humillado, echóse pesadamente sobre un sofá.

—¡No iremos, no! — murmuró. — Es probable que mis enemigos tramen alguna venganza. Tenéis razón, Arnfelt, mejor será quedarme en palacio.

No obstante, Bjelke, con estudiado disimulo, aventuró entonces:

—¡Soy enteramente de vuestra opinión, sire! Y, todavía, hay un medio seguro de evitar el peligro y castigar la burla. Es seguro que los conspiradores estarán al tanto del difraz de su majestad. Muy bien, pues; dadme vuestro dominó y tomad el mío. Si realmente existe algún peligro, yo daré gustoso mi vida en cambio de vuestra salvación. Así fustraremos nosotros, a todos; asesinos y alarmistas.

El rey sintióse, desde luego, muy animado. Arnfelt, en un impulso de sincera admiración, apludió la genial idea del secretario y lo abrazó largamente. El rey besóle en las dos mejillas y declaróle:

—¡Sois un muy leal y fiel servidor!

Nadie observó, sin embargo, la intensa palidez de Bjelke, que forcejaba por sonreír. Cambiaron de trajes alegremente, en medio de un ruidoso bullicio. Y Bjelke, presuroso, salió camino de la Opera, disfrazado con el negro hábito de los penitentes. Instantes después, el soberano, libre ahora de toda clase de preocupaciones, penetraba asimismo, en el engalanado salón del baile.

Empero — ¡extraña y aciaga coincidencia! — allí mismo, a la entrada principal, Gustavo III encontróse con Ankerstrom, cuyo rostro severo lo hizo estremecer. Le sobresaltó su mirada aguileña, dura y aguda. Se arrepentió, entonces, de haber concurrido al baile. Jamás había carecido de valor; pero un temblor súbito, que no supo contener, agitó todo su cuerpo, y dejóse dominar por un terror violento. Su primera idea lo impelió a regresar, de seguida, a palacio e iba a retroceder, cuando una singular casualidad le devolvió alguna calma. Muy cerca de él, pasaba, en ese momento, un enmascarado llevando el fúnebre hábito de los penitentes y adornado con rojas llamas. La multitud apartábase reverente, al darle paso, y lo saludaba con humilde respeto. Ello tranquilizó su espíritu. No había, por consiguiente, que temer. Toda la gente creía, que ése era el rey. Mas a gusto ahora, rióse de sus infundados temores. ¡A divertirse, pues!

En medio del animado bullicio del baile, un grupo de enmascarados formando un semicírculo, envolvía al público, casi brutalmente, al son de estridentes gritos y burlas. Al poco rato, el rey y Arnfelt, halláronse rodeados también y por tal forma que, a despecho de vigorosos esfuerzos, se vieron forzados a dejarse conducir por el irresistible montón de los bullangueros. En efecto, comprendieron que la única salida posible, consistía en no oponerles resistencia y espiar el momento propicio de libertarse. Así fueron empujados hacia una de las puertas laterales, donde todos se arremolinaron en torno de ellos y los arrinconaron contra la puerta que, por desgracia, se hallaba cerrada. Entonces, alguien tocó la espalda del monarca y al darse éste media vuelta, notó con asombro y horror, la mirada resuelta y audaz de Ankerstrom, fija en él. Casi simultáneamente, apagóse gran parte de las luces, sonó un tiro y sintiéronse gritos aflictivos: "fuego! ¡fuego!"

En medio de la indiscriptible confusión que se produjo, Arnfelt consiguió librarse del montón y clamar, a voz en cuello:

—¡Han asesinado al rey! ¡Cierren las puertas; que nadie salga!

Los soldados de la guardia real que se hallaban de servicio, obedecieron de pronto la orden. Volvieron a prenderse las luces. Gustavo III, gravemente herido de bala, fué inmediatamente conducido al palacio por sus leales granaderos. A su lado, llorando y sollozando, sin resuello, caminaba el más fiel de los servidores reales, su amigo Arnfelt.

El jefe de policía ordenó que se presentase en su oficina al barón Bjelke, al cual Arnfelt, entonces allí presente, acusaba de complicidad en la tentativa de regicidio. A su llegada, lo interrogó cordialmente:

— Siento molestaros, barón, y espero ansioso que aclaréis vuestra intromisión en este desgraciado asunto, pues yo francamente, no puedo creer en vuestra complicidad.

Bjelke declaró después, solemnemente:

— Explicaré todo muy gratamente al hombre de honor que sois; pero temo, sin embargo, no poder satisfacer al jefe de policía. Adherí a la conspiración para cerciorarme de las intenciones de sus miembros y traicionarlos en favor de mi rey. Estuve presente en la reunión en que se decidió asesinarle en el baile de la Opera. A todo correr llegué al palacio, a fin de avisarle de lo sucedido. En la antecámara real, un paje entregóme esta carta dirigida a su majestad. ¡Leedla! Ella os enseñará cómo Gustavo III recompensa a su amigo y fiel servidor.

El jefe de policía leyó atentamente la carta, en la que la esposa de Bjelke concedía al rey una entrevista amorosa solicitada por éste. Bjelke prosiguió:

— La lectura de esa carta produjo un cambio radical en mis sentimientos, tal fué la indignación que de mí se apoderó. Toda mi dedicación al rey, se transformó abruptamente en odio y rencor. De ahí que, en vez de aconsejarle que no fuese al baile, conseguí a duras penas convencerle de lo contrario. ¡He aquí todo mi crimen! Mi honor clamaba venganza; el asqueroso delito de Gustavo III, justificaba ampliamente, la sentencia de muerte votada por los conspiradores y que yo sólo podía evitar. Se hizo justicia; ¡nada más!... Vuestros esbirros actuaron con demasiada prontitud y decisión. Ni siquiera consintieron en que me despidiese de la baronesa. Fué tal vez, mejor así; si llego a verla, no existiría ahora, y toda su vida no le bastará a purgar la vileza de su deshonor.

"Cuanto a mí, no os preocupéis mayormente. Antes de presentarme aquí, agoté mi fiala de veneno y a Dios gracias, ya me siento morir."

En efecto, su rostro manifestó entonces horribles contorsiones. Una convulsión general estiró todo su cuerpo, que pesadamente cayó en tierra, en una agonía que infundía pavor y comiseración.

Gustavo III falleció asimismo, poco después, lentísimamente, en ansias de vivir, aniquilado por dolorosos sufrimientos, en medio de espasmos y delirios.

Cuanto a Ankerstrom, lo torturaron, bárbaramente, durante tres días, poco a poco, a fin de que no pereciese de una vez; a impulsos de una refinada crueldad que él afrontó heroicamente, sus labios exangües, entreabiertos en una sonrisa altanera y desdeñosa. Sus miembros deshechos, fueron expuestos en una picota erecta frente a la Opera. Junto a su cabeza ensangrentada, que aún goteaba, clavaron su mano derecha, la mano regicida. Al día siguiente, todavía, colgado en ésta, hallóse un cartel con la patriótica leyenda:

"Bendita sea la mano
que libertó nuestra patria!"

FELIX M. LANE

Eugenio Sué y los "Misterios de París"

CUANDO Eugenio Sué se propuso describir, en un frondoso novelón, la vida que llevaban los desheredados en los bajos fondos de París, nadie sospechaba que el escritor mundano iniciaba con su obra un nuevo e interesante capítulo de su existencia. Y este hecho, que hoy podemos apreciar con juicio más sereno y mayor caudal de noticias ilustrativas, ofrece curiosos aspectos que evocan toda una época convulsionada por la folletinesca pluma del vapuleado novelista francés. Los "Misterios de París" divide la existencia de Eugenio Sué en dos grandes y opuestos capítulos. En el primero, que abarca los años de juventud, el futuro autor de "El judío Errante" sueña sólo con aventuras amorosas, derrocha su fortuna en fiestas, comidas y paseos, sin dejar por ello de ejercitar su pluma escribiendo varias novelas que agradaron sobremanera en los círculos aristocráticos. Nutría esta producción con los recuerdos de sus andanzas marítimas — "Kernok el pirata", "Salamandra", etc., — y con los episodios románticos, más o menos desfigurados, de sus amoríos: "El marqués de Létorière", "Paula Monti", "Teresa Dunoyar", etc. Era el novelista predilecto del gran mundo y de la juventud elegante. El Eugenio Sué de esta época vive obsesionado por la figura de Byron, cuyo exterior pretende remedar ensayando en los salones los gestos y las posturas preferidas del bardo inglés. Pero he aquí que a partir de 1842 — Sué nació en 1804 — se opera una sorprendente transformación en la vida del joven escritor. ¿Qué causas determinan este cambio brusco, tan hondo en su doble aspecto intelectual y físico? En lo que constituye el segundo capítulo de su existencia, fácil nos será descubrir las razones de tan inesperada evolución y hallaremos oportunidad al mismo tiempo, para considerar el extraordinario revuelo popular suscitado entre sus coetáneos por la famosa obra que provocó su conversión.

Para comprender mejor la metamorfosis espiritual de Eugenio Sué es necesario recordar el caldeado ambiente político y las ideas predominantes en París en el preciso instante que el escritor encuentra su camino de Damasco. La prédica revolucionaria de Babeuf; el socialismo utópico de Fourier y Cabet; los principios sociales de Saint-Simon y sus discípulos; los pensamientos filosóficos y humanitarios de Leroux; la palabra candente de Blanqui; la prosa demoledora de Proudhon y la activa campaña de Blanc, ejercían incontrarrestable influencia en los medios obreros e intelectuales, dando origen al nacimiento de innumerables organizaciones secretas, animadas de propósitos subversivos las unas, y las otras sólo preocupadas por la difusión pública, más o menos evangélica, de ideas renovadoras. En medio de un ambiente tan saturado por la incipiente ideología socialista, no es de extrañar que Eugenio Sué, a pesar de su aristacrático desdén por el pueblo, terminara predisponiendo su espíritu para contemplar con piadoso interés la situación de las clases desheredadas. Es posible también que el éxito que había alcanzado por aquellos años en Inglaterra un libro que describía la vida del hampa londinense, lo incitara a efectuar algo similar en su patria. Sea por razones sociales o por puro espíritu de imitación, el hecho es que el popular novelista resuelve conocer a fondo la penosa existencia del pobrerío de París. Inicia así la serie de sus excursiones nocturnas, convenientemente disfrazado, para sorprender más de cerca los horribles cuadros que luego habrían de servirle para urdir su famoso novelón. Vemos de esta suerte al "dandy", que hasta entonces aludiera todo contacto con la canalla, introducirse de incógnito en las más terribles callejuelas de los arrabales para visitar bodegones y tugurios frecuentados por la gente de mal vivir, retener su lenguaje y fijar en su retina las escenas más crudas de una existencia crapulosa. Andorrea sin descanso por los barrios donde la miseria se refugia, entra en las ruinosas viviendas, se codea con los infortunados moradores que carecen de pan o tiritan de frío, descubre, en una palabra, un sórdido mundo en el cual el delito florece como una maldición. Poco a poco, insensiblemente, su curiosidad mundana se transforma en un sentimiento de indignación y protesta. Eugenio Sué se convierte en un ferviente demócrata, en un convencido partidario del régimen republicano, en un hombre que hasta el fin de sus días, en el destierro, mantendría viva su fe en el advenimiento de un nuevo orden de cosas. No ha de creerse por esto que concibiera los "Misterios de París" con un bien definido propósito social. Lo demuestra el fondo y la forma de su obra, realizada casi sin plan, desproporcionada, escrita sin arte



Eugenio Sué

ni método, desbordante de sentimentalismo ramplón, hueca y confusa en más de un pasaje. Pero, como bien lo hace notar Paul Ginisty, buena parte de la novela evidencia la sinceridad con que fué escrita y la inquietud social que inspiró a su autor, y estos dos factores explican la profunda conmoción que causara en su época, provocando la discusión de problemas por demás conocidos, pero que todos se esforzaban en eludir. Esa novela — agrega — cuyas intenciones solas bastan para acordar cierta gloria a Eugenio Sué, fué algo así como el prólogo del 48 y su influencia no fué superficial, sino que llegó a todas las capas sociales.

Los "Misterios de París" comenzaron a publicarse el 19 de junio de 1842, en el "Journal des Débats". Los primeros folletines suscitaron vivo interés entre los lectores del diario. A medida que Sué avanzaba en su patético relato, el número de lectores aumentaba en forma prodigiosa y el apasionamiento público por conocer las vicisitudes de los personajes de la novela llegó a asumir proporciones inauditas. La conquista de un ejemplar del "Journal des Débats" originaba verdaderos tumultos. Surgieron de inmediato los que aprovechando el delirio popular alquilaban el diario por el tiempo necesario para leer el folletín. Y como se contaban por millares los que se desesperaban por leer la novela valiéndose de tan lucrativo procedimiento, hubo necesidad de vender boletos numerados, en los que se indicaba al poseedor la hora en que podía satisfacer su ansiedad por conocer las nuevas peripecias de los hijos espirituales de Eugenio Sué. No faltó así quien habiendo adquirido el boleto a las ocho de la mañana, recién a las nueve de la noche pudiera complacer su impaciencia literaria devorando los truculentos episodios de la novela. Tan general y frenético era el deseo por conocer la suerte que corrían los personajes más notables del novelón, que una mañana el ministro del Interior, Duchatel, entró como un torbellino en el despacho de su secretario, y, sin decirle o darle los buenos días, anhelante, le preguntó:

—¿Murió la Loba? (Una de las heroínas de la novela).

En ciertas oportunidades, para exasperar el interés de los lectores, la dirección del "Journal des Débats" suspendía por un día la aparición del folletín. Estas intencionadas interrupciones causaban verdadera consternación pública. Llovían en la redacción del diario centenares de cartas preguntando si se había enfermado el autor o a qué otra causa se debía la suspensión. Saint-Beuve, indignado por estas desorbitadas pruebas de interés colectivo, escribía: "Nadie se inquieta si un verdadero literato tiembla de fiebre; pero si Sué calla por causa del reuma, su silencio se convierte en una calamidad pública".

Otras veces, Sué explicaba los retardos diciendo que ello se debía a la necesidad de practicar nuevas averiguaciones en los hospitales, manicomios y cárceles, "con el deseo de que su obra fuera lo menos imperfecta posible" y que las escenas reflejasen con la mayor fidelidad la vida dolorosa de los que han sucumbido.

El novelista se veía asediado por centenares de personas que formulaban toda clase de preguntas sobre las dramáticas peripecias que les esperaban aún a los héroes del novelón. La popularidad de Eugenio Sué llegó a eclipsar la de todos los grandes escritores de su época. Cuando salía a la calle, la multitud lo rodeaba, admirándolo como a un dios. En los arrabales las demostraciones de entusiasmo adquirían la magnitud de una apoteosis. Y el fanatismo de algunos llegó a extremos inconcebibles. Cuenta Ginisty que un día, al entrar el escritor en su casa, halló a la servidumbre espantada por un hecho insólito. En la galería que daba acceso a los salones encontraron a un hombre que se había colgado de la baranda para ahorcarse. Todos ignoraban cómo pudo llegar hasta allí el desdichado. No existían señales de robo. ¿Qué extraño suceso era aquél?

Pronto se conocieron los motivos de la tragedia. En una carta que retenían los crispados dedos del suicida, ésta dejaba expresado que había elegido tan inapropiado lugar para poner fin a sus días, por parecerle más dulce la muerte bajo el techo de la casa del escritor que había pintado con emoción la mísera existencia de la familia Morel.

Para contrarrestar la desmedida glorificación de Eugenio Sué surgieron buen número de detractores que buscaron zaherirlo con pullas sangrientas juzgando su obra con desprecio. Alguien lo presentó como un marqués de Sade con bonete rojo. Un predicador, desde el púlpito de la capilla San Francisco, calificó al libro de "escandaloso, infame, archiinmoral, no ofreciendo más que lo horrible y repulsivo". Saint-Beuve, el eminente crítico, fulminaba al novelista con los más rudos términos, señalando la inspiración crapulosa de los "Misterios de París". Honorato de Balzac, por su parte, se lamentaba con amargura de la desconsideración con que era tratado por los editores, mientras Eugenio Sué, como un gran señor, imponía condiciones que eran de inmediato aceptadas.

Exito no menos clamoroso obtuvo Eugenio Sué con la publicación del "El Judío Errante", obra por la cual pagó cien mil francos el "Constitutionnel". En 1850 algunos amigos presentaron su candidatura a diputado. Durante la campaña electoral, Eugenio Sué fué víctima de los violentos ataques de las fuerzas reaccionarias y de toda clase de persecuciones, lo que no impidió que obtuviera el triunfo.



Su breve actuación parlamentaria fué deslucida. El hombre del cual todos esperaban furibundos discursos, poco o nada dijo en favor de sus ideas sociales, sin que con ello se quiera expresar que no estuviera siempre acompañando decididamente a las fuerzas de izquierda.

M. MARTINEZ LUBEÑA

Buenos Aires al menudeo

COSAS SIN EXPLICACION O PREGUNTAS SIN RESPUESTA

BUENOS Aires, como toda gran capital, está llena de cosas raras. Nadie ignora esta verdad mayúscula. Además, está abundantemente poblada de personas y cosas sin explicación, en las que el desprevenido transeúnte repara o no, según sea el paso que lleve, o la importancia de la diligencia que lo empuje.

Nosotros, acaso un poquito más desocupados que la mayoría de los mortales, hemos reparado en algunas de esas inexplicables cosas, y sin pretender explicárnoslas, — eso sería mucha pretensión, — las anotamos y aquí se las damos al lector por si él quiere efectuar el intento por su cuenta y riesgo.

Como se verá en seguida, todas son cosas sin mayor importancia y dignas todas ellas de la grandeza babilónica de la ciudad. Item más: ninguna de ellas es novedosa y no hay habitante en Buenos Aires — "la gran capital del Sur" — que no las conozca.

Veamos:

1. — A cualquier hora de la tarde, hasta bien entrada la noche, un nutrido grupo de gente permanece frente a la puerta de la Intendencia Municipal que da sobre la Avenida de Mayo.

¿Qué hace allí esa gente todos los días del año?

A las seis se cierra la puerta, pero allí permanece el grupo, frente a la puerta cerrada...

2. — No tomará nadie un coche de tranvía, a no importa qué hora del día, sin encontrar dentro de él a un ordenanza municipal.

Existen, según se dice, muchos más de dos mil coches de tranvía rodando por la ciudad.

¿Hay, entonces, más de dos mil ordenanzas municipales?

3. — En los hospitales no hay médicos para atender al público que vaya en consulta, más que tres días a la semana. Es obligatorio, pues, sentirse indispuesto o enfermo, los lunes, miércoles y viernes... Los otros cuatro días de la semana o se tiene dinero o se tiene perfecta salud...

4. — A casi nadie se encuentra con un libro en las manos. Y cuando se encuentra alguno o alguna, tiene cara de extranjero. ¿Es que los argentinos no leen libros?

5. — Los guardas de ómnibus tienen todos los mismos modales y la misma voz. ¿Pertenecen todos ellos a una misma familia?

6. — ¿Quién se entretiene en aguar la tinta de todos los tinteros de Correos y Telégrafos? ¿El mismo que quita la goma a los bordes de las "tarjetas postales" que el correo expende?

7. — Si usted "contrae enlace" en esta capital no hay diario que dé la noticia. Pero si usted hace la misma barrabasada en una olvidada o desconocida localidad provinciana, todos los diarios la publican, y con frecuencia, dan un retratito de la novia. ¿Se hará para fomentar las excursiones a los pueblos?

8.—Las bibliotecas instaladas en quioscos de plazas y paseos públicos ¿fomentan el atorrantismo? Están abiertas y a disposición del problemático lector solamente los días hábiles y a horas hábiles, es decir, cuando hay que trabajar. Los domingos, los días de fiestas, los quioscos permanecen cerrados. Su encargada debe descansar del cansancio de la semana vacía...

9. — ¿Y no pasa tres cuartas partes de lo mismo con la Biblioteca Nacional? ¿Sirve verdaderamente al pueblo una biblioteca que está abierta a las horas en que el pueblo trabaja? Además, qué hace la biblioteca — y las bibliotecas — por atraer público lector?

10. — Al apartarse un poco de las calles centrales, los carros basureros municipales se detienen. Arrímanse a ellos otros carros y unos hombres absurdamente sucios buscan en ellos cosas maravillosamente convertibles en algo útil. Basuras de la basura, reparten microbios por toda la ciudad. A los hornos no llegan más que tres cuartas partes de los desperdicios ciudadanos. La otra cuarta parte vuelve a los tugurios para regresar unos días después, heroicamente transformada, a la gran ciudad.

11. — La puerta de honor del Congreso Nacional da, como se sabe, a la calle Entre Ríos. Para llegar a ella puede utilizarse una enorme escalera de innumerables peldaños. Para descender existen dos "cosas" parecidas a los deslizadores de un "tobogán". Naturalmente, a nadie se le ocurre trepar aquella escalera ni usar los "toboganes". Sin embargo, la puerta, allá arriba, se abre todas las tardes y se sitúan a sus lados un ordenanza magníficamente uniformado y un vigilante. Ambos, cuando se aburren de conversar, contemplan desde la eminencia del Congreso Nacional el tránsito inacabable de las calles y el vagabundeo de algunos ciudadanos por la gran plaza frontera... Aquellos dos vigilantes — el ordenanza y el agente — que no vigilan nada, ¿qué hacen?

12. — (Se acaba la página y nos vamos sobre el margen que es indispensable dejar. No suponga el lejano lector que hemos agotado en doce parrafadas este famoso tema de Buenos Aires al menudeo.)

DIONISIO DE SUMALAO

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

Recuerdo del Nahuel Huapí (Baja el sol), momento musical, por Arístides Lugano. Buenos Aires, 1931.

Revista Argentina de Dermatosifilología. Buenos Aires.

La Semana Financiera, de Madrid; número 956.

La calle O'Higgins, de Bahía Blanca; número 16.

Proyecto de ley de seguro escolar obligatorio, por el doctor Carlos S. Cometto. La Plata, 1931.

La Medicina de los niños, de París; número 377.

Azul, revista de ciencias y letras, de Azul (Buenos Aires), número 10.

Juan Manuel de Rosas (su vida, su tiempo, su drama), por Carlos Ibarguren, 4ª edición; Roldán, editor; Buenos Aires, 1931.

Elite, de Caracas (Venezuela), número 300.

Tierra Nativa, de Bucaramanga (Colombia), números 217 y 218.

Revista de la Industria del Mueble, número 42.

Estampa chaqueña, de Resistencia, número 93.

Fiat Revista, número 18.

Kennel Club Argentino, número 4.

El Canta Claro, número 354.

Revista de Educación, de La Plata; número 1, de enero y febrero 1931.

Hojas de Otoño, vals, letra y música de Pascual Netri (Juniors).

El Alba, de Venado Tuerto, número 442.

Pebeta, de Balnearia, número 31.

La Fraternidad, número 483.

Minerva, número 1.

Bifort, número 1.

CONSULTORIO CINEMATOGRAFICO

Por KING

★ Ya sabía yo que tenía razón. ¡En fin! ¡Esperemos y algún día tendremos la revancha! Esas fotos irán pronto.

a **Josefina Duiñach.**

★ **Barry Norton, Phillips Holmes, Carol Lombard, Rosita Moreno, Maurice Chevalier y Marlene Dietrich:** Paramount Studios, 5451 Marathon Street, Hollywood, California. **John Gilbert, Ramón Novarro, Lewis Stone, Conchita Montenegro y Greta Garbo:** Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. **Lewis Ayres:** Universal Studios, Universal City, California.

a **Ismael S. Sánchez.**

★ Ignoro quién puede ser ese señor. ¡Con decirle que ni en la guía telefónica lo pude encontrar! Vuelva a escribirme diciéndome dónde lo ha visto actuar.

a **Tonito.**

★ ¡Está visto que mis lectores son todos inteligentísimos! ¡Siempre están de acuerdo conmigo! Las conclusiones que ha sacado usted de mi respuesta son exactas. ¿Ambiente para la cinematografía nacional? Especial. ¿Motivos adaptables? Muy buenos y muchos. ¿Actores verdaderamente capacitados? No muchos, pero..., lustrando se saca brillo...

a **Francisco Ramírez C.**

★ **Trader Horn fué filmada toda en el Africa,** pero no en un Africa de utilería, sino en una de veras, con leones y todo. **BARRY NORTON** está en Norte América desde el año 1924. **Para la publicación de esa novela corta diríjase al director de esta revista.** Yo no quiero meterme en eso, porque sospecho que lo de la "novela corta" no es más que un cuento.

a **Interesado.**

★ ¡Macanudo su "metejón" con ese mocito! ¿Así que si fuera usted libre se gastaba todo el capital que tiene para ir a Estados Unidos y verlo personalmente? ¡Bien dicen que hay gustos que... cuestan. Su adorado **JACK BUCHANAN NACIO EN ESCOCIA EN EL AÑO 1893; mide m. 1.85; ojos grises; cabello castaño, y ¡alégrese!, está soltero.** Puede verlo en **MONTE CARLO** con **JEANNETTE MAC DONALD.**

a **Elvecia.**

★ A usted le calculo doce años de edad por la calidad de las preguntas que me hace. **JACK PERRIN NACIO EN THREE RIVERS (EE. UU.) EN 1903.** Mide m. 1.80; ojos y cabello negros, y casado con Josephine Hill. **BOB CUSTER NACIO EN FRANSFORT (ESTADOS UNIDOS), EL 10 DE OCTUBRE DE 1900.** Se llama en realidad **Raymond Glenn;** tiene la misma altura que el anterior; ojos color avellana y cabello castaño. Casado con Elizabeth Cudahy.

a **El código.**

★ **TITO H. DAVISON NACIO EN CHILLAN (CHILE) LLAMANDOSE OSCAR HERMAN,** hace apenas veinte años. Se educó en Santiago de Chile hasta el día en que se decidió a tentar fortuna en Estados Unidos. La suerte lo volcó en Hollywood donde estuvo un año trabajando de "extra", ganando poco y pasándolo mal. En cierta oportunidad el director Le Roy lo eligió para actuar al lado de **ALICE WHITE** en una escena teatral; después intervino de mensajero en una película de cierta importancia hasta que se destacó en **"Así es la vida"** y **"La fuerza del querer".** Luego vinieron las parlantes y su presencia se hizo necesaria en las filmadas en castellano. **"Fin de fiesta"** y **"Presidio"** consolidaron su ya innegable fama.

a **Admirador de Tito.**

★ A pesar de no haber leído el reportaje ése, sospecho a través de lo que usted me dice, de lo que se trata. Dificulto mucho que **CHARLES CHAPLIN** pudiera llegar a quedarse pobre algún día, aunque no lo creo imposible. Pero tenga en cuenta, amigo, que esa clase de pobreza sería, para un hombre de la talla de **CHARLES,** algo insignificante. La riqueza de su espíritu, de su sensibilidad, de su cerebro, vale mucho más que sus millones. **CHAPLIN es un hombre que ha nacido artista,** un hombre que vino al mundo para asomarse al corazón de todos nosotros y poner al alcance de nuestra inteligencia grande o pequeña, la comprensión de los verdaderos sentimientos humanos, estampando en nuestra boca y en nuestros labios el sollozo brutal e instantáneo con que suplantamos la carcajada. Y créame, amigo, que un hombre de esos jamás empobrece.

a **José M. Quiroga.**

★ ¡Por favor! ¡Yo creía que todos mis clientes sabían que **MONA MARIS es argentina,** pero veo que me he equivocado! ¡Yo; que nunca me equivoco...!

a **Tarono.**



★ Su carta me resultó muy interesante, sobre todo porque veo que es usted una persona tesonera, pues dos años después de su primera intentona insiste sin temor a un fracaso. Sin embargo, creo que esta vez su pedido tuvo más éxito. Y vea si no: **ya en el siglo XIX los griegos sospechaban la posibilidad de obtener una "copia del movimiento",** pero desgraciadamente, sea por carencia de materiales o de facilidades diversas, el hecho fué que todo quedó en la nada. **LLEGAMOS ASI AL AÑO 1895, EN QUE LOS HERMANOS AUGUSTO Y LUIS LUMIERE CONSTRUYEN EN EL MES DE FEBRERO EL PRIMER APARATO CINEMATOGRAFICO,** con el que reproducen sobre la pared escenas tomadas a Augusto con su esposa en el patio de la casa. Días después fué posible lograr escenas de un tren entrando en la estación, un carro en movimiento, etc., que eran observadas detenidamente por ambos inventores. **Y recién en Diciembre de ese mismo año se exhibió públicamente la primera película titulada La sortie des usines Lumiere á Lyon,** que fué presenciada por numerosas autoridades científicas, y por cuya entrada no se cobró dinero alguno. Después pasaron los años, otros sabios perfeccionaron el rústico aparato y efectuaron toda clase de innovaciones, gracias a las cuales podemos hoy, en pleno año 1931, deleitarnos ante la contemplación de ese arte tan hermoso y tan caro que es el cinematógrafo.

a **Vicentauro.**

★ A Gary Cooper escríbale a Paramount Studios, 5451 Marathon Street, Hollywood, California.

a **Garycoperina.**

★ ¿Que cómo soy yo? Y... bajito... gordito... un poco coloradito y muy seriecito. Después de esto reconocerá usted que publicar aquí una foto mía, sería atentar contra la estética de la página. Y la cuido tanto...

a **Elba Noemy.**

★ Su edad es la menos apropiada para un joven que quiere dedicarse al teatro. Deje pasar algunos añitos más, y ya veremos...

a **Eberhard.**

★ En esas escenas hay truco, como lo hay en todas las películas por ese estilo. Lo que sucede es que están tan bien tomadas que producen la impresión de que son reales. Eso es precisamente el fin que persiguen los norteamericanos; hacer que las cosas parezcan reales, aunque ellos sean republicanos.

a **B. V. A.**

★ **RAMON NOVARRO NACIO EN DURANGO (MEJICO) EL 6 DE FEBRERO DE 1899.** Su apellido verdadero es Samaniegos; **mide metros 1.70, ojos castaños y cabello negro.** Y muchas gracias por admirarme con "h". Hay que reconocer que quien admira en exceso, puede errar.

a **Ramonita.**

★ **PARA LLEGAR A SER ACTOR DE CINE** hay que ser muy inteligente, ser muy bonito o muy feo, y tener muchos años de práctica teatral. Todo eso, unido con un poco de audacia, suerte, inclinación al trabajo y al sacrificio puede que cuaje en un actor... Ya ve usted que no es muy difícil que digamos...

a **M. V. L.**

★ No estoy al tanto de la llegada de esa compañía cinematográfica, pero en cambio eso de que tiene usted "sangre de actor", ¡ni dudarlo! En ese caso, para llegar a ser un buen actor le aconsejo que tenga en cuenta una sola cosa: **nunca se haga mala sangre...**

a **B. N. C.**

★ Sí..., sí..., ¡sois buena! ¡Valiente manera de defender a vuestra tan amada **GRETA!**

a **Amiga de Greta.**

★ Ustedes cuatro, cantando como cantan, bailando como bailan y siendo tan bonitas como dicen ser, lo mejor que pueden hacer es quedarse donde están, aguardando una oportunidad mejor para cantar y bailar en la pantalla. **En Estados Unidos hay miles de muchachas que están en las mismas condiciones que ustedes y pasan hambre.** ¿Les gustó la franqueza? Es triste, ¿no?, pero es así.

a **María Delia Ríos.**

★ Si quiere obtener esas fotos escríbales a los actores solicitándoselas y se las enviarán.

a **F. R. Roeden.**

★ ¡Perdone, hermano! ¡No envío fotos de actores a nadie!

a **Ricardo Lanfranconi.**

★ Cartas como la suya, en las que veo que los lectores tienen en mí más que un "informador semanal", un confidente en materia de cine, me agradan mucho. ¡Sobre todo cuando, como a usted, se les va la mano en la confidencia y me tutean. La foto de Barry irá pronto y trataré de ponerlo solo, para que usted no se cele.

a **Henriette.**

★ A Anita Page escríbale a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.

a **Correntino.**

EN ESTE CONSULTORIO CINEMATOGRAFICO

TODOS LOS LECTORES ENTUSIASTAS DEL CINE HALLARAN UN MEDIO FACIL Y SEGURO PARA ENTERARSE DE LAS NOVEDADES OCURRIDAS EN LA MECA DEL CINE, ASI COMO DE CUALQUIER OTRO DATO REFERENTE A ESTE TEMA

La correspondencia puede ser dirigida a SECCION CINEMATOGRAFICA DE "MUNDO ARGENTINO" - Río de Janeiro 300



El general Julio A. Roca, que en esta fotografía se ve rodeado de su estado mayor, con su Campaña del Desierto conquistó el fértil territorio del Río Negro, que estaba en poder de los salvajes, brindando a nuestro suelo un emporio de riqueza que debe enorgullecernos

PROGRESOS DEL RIO NEGRO

UNA VISION PROFETICA

UNA clara madrugada del año 1879 un grupito de hombres, cabalgando de norte a sur, coronó una altura sobre la planicie que bordea el valle del Río Negro. Eran hombres barbudos, de recia catadura, y lucían uniformes deteriorados, desteñidos por los soles y las lluvias de una larga y rigorosa campaña militar. Adelantado varios cuerpos de caballo, sereno, inescrutable, trotaba incansablemente el jefe de aquellos soldados. Joven aún, de barba rala, casi nazarena, y ojos claros, siempre entrecerrados, vestía con sencillez y elegancia que contrastaban con los bordados y alamares de su séquito.

Al subir a la altura y dar vista al ancho valle, el jefe de expresión grave y mirada transparente sofrenó su plateado corcel, y volviéndose al trompa de órdenes que lo seguía como una sombra, le dió breve orden:

"¡Toque diana, trompa!"

En aquel solemne momento los primeros rayos del sol naciente se quebraron en los sables del pequeño núcleo de guerreros y reverberaron en el clarín que embocaba el trompa...

Y los sones de bronce se expandieron por pampas, cerros y valles; se quebraron contra las altas barrancas pedernosas del río y turbaron la tranquilidad de las aves acuáticas, que alzaron el vuelo en bandadas, asustadas por el insólito clamor.

Seguía sonando la trompeta de guerra; sonando sus gloriosas dianas triunfales que anunciaban un triunfo más de la civilización argentina: la terminación de la campaña del desierto y del poderío del salvaje, arrojado definitivamente al sur del Río Negro por la acción valiente de nuestro viejo ejército mandado por el jefe del caballo blanco, general Julio A. Roca, a quien acompañaban en aquel instante sus ayudantes y jefes de estado mayor.

Buen rato guardó silencio el general, cautivado tal vez por la visión del gran estuario desflecado en infinidad de canales y riachos que forman islas cubiertas de pródiga y rica vegetación, enmarcada en trazo continuado y fuerte por la pincelada verde vivaz del sauzal costero. Luego, volviéndose hacia sus acompañantes, afirmado en los estribos, iluminada de orgullo su mirada, habló:

— Señores: ya hemos terminado. Nuestro compromiso con la patria queda cumplido; ya el salvaje no llenará de luto los hogares de los campos argentinos con sus malones bárbaros. Allí está el Río Negro y su valle, que un día será emporio de trabajo y de riqueza. ¡Viva la Patria!

Bajó al valle el general con su séquito, y pocas horas después su bravo y aguerrido ejército descendía también desde el filo de los cerros y plantaba sus tiendas de campaña sobre la isla de Choele-Choel.

Clara visión la de Roca. La posteridad le está haciendo justicia al reconocer los méritos de su gran obra civilizadora, iniciada con la derrota del indio y terminada en su segunda gran presidencia que llevó al país al apogeo de su prosperidad.

Tuvo aquel gran gobernante la obsesión del Sur. Conocía aquellas regiones y consideraba obra de alto patriotismo fomentar su progreso y población. Las líneas férreas tendidas de Choele-Choel al poniente, a lo largo del valle; las grandes obras de riego son obra suya o de los hombres de gobierno formados en su escuela y a su lado.

El vigoroso impulso inicial ha perdurado en el Río Negro, en cuyo valle el riego fertiliza 100.000 hectáreas bajo cultivo, pero se ha estacionado y tiende a desaparecer en el resto de la Patagonia. La constatación es dolorosa, pero cierta: se ha abandonado la ruta marcada y al prolijo y cuidadoso afán de la política pobladora roquista ha sucedido una acción oficial negativa y funesta.



Arboles frutales de la chacra experimental de Cinco Saltos, en el territorio del Río Negro



El valle del Río Negro cuenta con importantes obras de riego. Vista del Canal Principal, cerca de C. Cordero



Magnífico vivero de vides en la Estación Agronómica de Cinco Saltos

Fotos N. N.

Las fotografías que reproducimos dan una idea de los progresos de Río Negro. Es justo reconocer que la acción oficial y la iniciativa privada han sido poderosamente secundadas por la empresa del Ferrocarril del Sur, que además de mantener una hermosa chacra experimental en Cinco Saltos, en la cual se cultivan toda suerte de variedades agrícolas, hortícolas y frutícolas con el objeto de facilitar enseñanzas, semillas y árboles para plantaciones a los colonos, acaba de instalar en diversos puntos estaciones clasificadoras para la fruta, encargándose de seleccionarla, empaquetarla, embalarla, trasladarla a los mercados de consumo y venderla por cuenta de los chacareros, liquidándoles el importe sin percibir utilidad alguna, deduciendo solamente lo necesario para cubrir los gastos originados. En esas condiciones se han colocado 150.000 cajones de peras y manzanas de la cosecha pasada, cantidad que aumentará para la próxima.

C. M. PEREZ ERCORECA

CURIOSA HISTORIA DE UNA FORMIDABLE MISTIFICACION

MIGUEL CHASLES, GEOMETRA CANDIDO

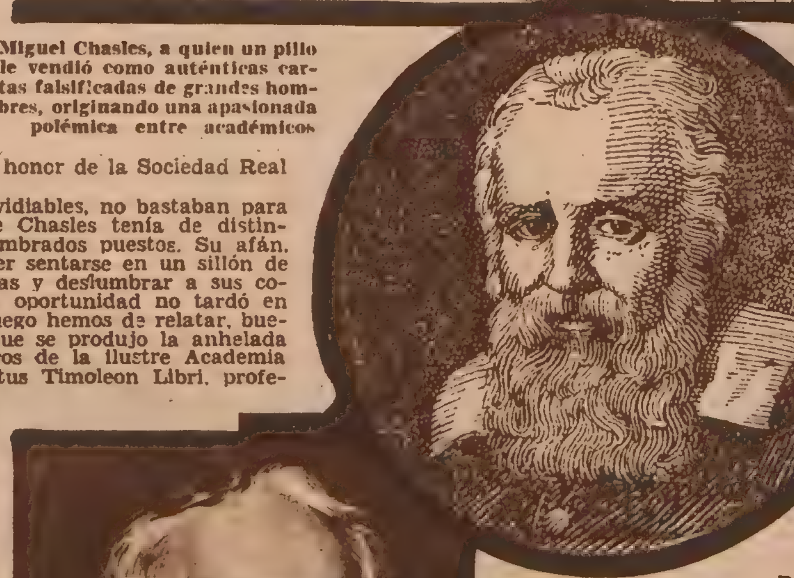
MIGUEL CHASLES, EL ACADEMICO INGENUO.— DOCUMENTOS QUE PROVOCAN DEBATES SENSACIONALES. — ENARDECIDAS DISCUSIONES SOBRE NEWTON, PASCAL Y GALILEO. — COMO SE DESCUBRIO EL ENGAÑO. — ¡27.345 AUTOGRAFOS FALSIFICADOS VENDIDOS COMO BUENOS EN 140.000 FRANCOS! — EL FALSIFICADOR ANTE LA JUSTICIA.



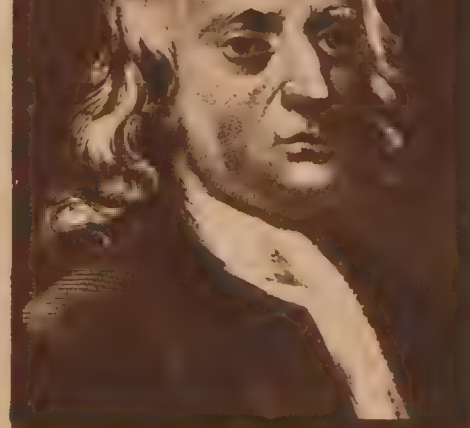
Miguel Chasles, a quien un pillo le vendió como auténticas cartas falsificadas de grandes hombres, originando una apasionada polémica entre académicos

TODOS le auguraban un brillante porvenir. Su predisposición para el estudio, su amor a la ciencia, no tardarían en dar opimos frutos, honrando a Francia con algún descubrimiento importante. Nadie sospechaba, en cambio, que Miguel Chasles, cuya inocencia corría parejas con su bondad, habría de ser víctima de' más tremendo engaño que recuerde la historia. Olvidemos su proficua juventud, íntegramente consagrada a los libros, para sólo decir que en 1841, por instigación del célebre Arago, fué nombrado profesor de máquinas y geodesia. Más tarde, en 1846, se creó para él en la facultad la cátedra de geometría superior. Asegura Bouchardon, en un interesante trabajo del que extraemos curiosas y pintorescas noticias sobre la vida de Chasles, que "su erudición en la materia era grande y no daba reposo a su pluma. Sus trabajos diéronle autoridad y lo colocaron en primer lugar entre los geómetras contemporáneos. Razón por la cual recibió la gran medalla de honor de la Sociedad Real de Londres".

Estos títulos, con ser envidiables, no bastaban para satisfacer la ambición que Chasles tenía de distinguirse y ocupar más encumbrados puestos. Su afán, su ilusión dorada, era poder sentarse en un sillón de la Academia de las Ciencias y deslumbrar a sus colegas con su sabiduría. La oportunidad no tardó en presentarse, y por lo que luego hemos de relatar, bueno es saber la forma en que se produjo la anhelada vacante. Entre los miembros de la ilustre Academia se contaba Guillermo Brutus Timoleon Libri, profesor adscripto al Colegio de Francia. Este buen señor, de tan simbólico nombre, aprovechaba las facilidades que le brindaba su puesto para apoderarse de los libros, autógrafos y manuscritos más raros y codiciados, con el propósito de crearse una rica biblioteca particular a costa del Estado. Entre otras cosas, se llevó a su casa — o sabe Dios dónde — la correspondencia íntegra de Enrique IV con su primera esposa. Timoleon Libri — ¡qué "libri"! — fué condenado a diez años de reclusión, dejando así vacante un sillón en la Academia de las Ciencias. Como era de esperar, Miguel Chasles fué llamado a ocupar el puesto que en forma lamentable perdiera Timoleon. El distinguido geómetra veía así cumplido uno de sus más caros ensueños.



El sabio Galileo también estuvo en danza con motivo de las cartas apócrifas que se le atribuían



Isaac Newton, otro de los grandes hombres de quien Chasles exhibía una serie de cartas que no eran auténticas

DEBATES SENSACIONALES

Convertido en académico, Miguel Chasles se propuso demostrar su erudición pronunciando discursos sobre diversos puntos de su materia predilecta, que fueron escuchados con visible interés. Al mismo tiempo, su pluma, siempre febril, redactaba varios trabajos que una vez conocidos habían de acrecentar, sin duda, su prestigio.

Pero todo esto no era nada comparado con el afán que ponía en reunir y clasificar con sigilo una colección de autógrafos de inestimable valor que servirían para restituir a Francia el honor de grandes descubrimientos de los que, indebidamente, se enorgullecían otros países. De la importancia, de la autenticidad y del fabuloso valor de estos documentos, se hablaba con insistencia y ansiedad en los corrillos intelectuales.

—El día que Chasles dé a conocer algunas de las cartas inéditas de hombres célebres que posee — decían con emoción sus amigos más íntimos, — la historia del pensamiento humano va a dar un vuelco.

Mientras tanto, Chasles utilizaba su maravillosa colección de documentos desconocidos en la preparación de un trabajo sobre los descubrimientos de las leyes de atracción por Pascal. Sus colegas de la Academia, deseosos de conocer los frutos de sus pacientes investigaciones, le pidieron que en una sesión, que sería memorable, anticipara algunas páginas del luminoso estudio. Y así fué cómo el 15 de julio de 1865, en medio de un religioso silencio, Chasles, con voz patética, dió lectura de dos cartas y cuatro notas inéditas de Pascal. Las cartas estaban dirigidas al químico inglés Roberto Boyle. De los documentos leídos se desprendía en forma evidente que Newton no era más que un vulgar usurpador. Tan estupenda e inesperada revelación causó el consiguiente asombro entre los académicos. No obstante, de todas las bancas partieron jubilosas manifestaciones de aprobación y gratitud. A un hijo de Francia, a Pascal, le pertenecía la gloria que el mundo entero acordaba a un inglés, a Newton. Del día a la noche Chasles se convertía en un héroe nacional.

Sin embargo, no todos quedaron convencidos de sus afirmaciones. Un académico y físico distinguido, Duhamel, resolvió expresar su esceptisimo en la reunión siguiente. Declaró — escribe Bouchardon — que una de las cartas y varias de las notas relativas a las leyes de gravitación le parecían inexplicables, por la sencilla razón que ellas suponían el empleo de medidas y la posesión de fórmulas, por aquellos tiempos desconocidas. Por otra parte, dos fervientes admiradores de Pascal, Benard y Fangere, escribieron a la Academia para señalar en los documentos numerosos anacronismos. Benard observó que los enunciados matemáticos del Pascal desconocidos parecían copiados de algún tratado moderno de cosmografía. Fangere, a su vez, se indignaba pensando que pudiera atribuírsele a Pascal el estilo grosero de los documentos. Era como atribuir a Bossuet los sermones del abate Cottine.

Como es de suponer, en Inglaterra las revelaciones de Chasles provocaron la inmediata reacción de algunos sabios, que con toda clase de argumentos y citas demostraron que los documentos leídos por el flamante académico francés no eran otra cosa que miserables falsificaciones.



De Pascal, el gran pensador francés, se presentaron autógrafos falsos que había pagado cándidamente el geómetra Chasles

EL ASUNTO SE COMPLICA... Y APARECE GALILEO EN LA PALESTRA

Chasles no se atemorizó por el ataque. Con la sonrisa propia del que está seguro de sus afirmaciones y de lo que tiene entre manos, sacó de su inflada cartera más documentos y cartas, dispuesto a no dejar títere con cabeza ¿Que las cartas que había leído no eran de Pascal? Pues bien: nada significaban las epístolas discutidas al lado de otras más contundentes que poseía y probando de manera irrefutable que sus juicios eran exactos.

—¿Cómo es posible — argüía escandalizado el académico Duhamel — que Pascal mantuviera tan copiosa correspondencia con Newton, habiendo fallecido el primero, cuando el segundo apenas contaba veinte años?

Chasles, sin inmutarse por las dudas de su colega, por toda repuesta metía sus manos en la inmensa cartera, y, cual si fuera un prestidigitador que sacara de un tonel lo que el público desea, extraía la carta o el documento más apropiado para dejar anonadado a su adversario.

—¿Que no es posible?... ¿Que Newton era un jovencito?... ¿ Y qué me dicen ustedes de esta carta, hasta ahora desconocida, que Pascal escribió a Newton y que comienza así: "Mi joven amigo, he sabido con qué amor os iniciáis en el estudio de las ciencias matemáticas y geométricas. Os envío diversos problemas que en otras épocas me preocuparon, acerca de las leyes de atracción (en la carta leída por el candoroso Chasles decía "abstracción"), a fin de que ejercitéis vuestro genio.. .Trabajad, estudiad, pero que esto sea hecho con moderación..."

Leída la carta, Chasles miraba con gesto victorioso a la asamblea que lo oía asombrada.

—Si no basta la carta que he dado a conocer — decía con tono provocador, — aquí tengo otras más decisivas, más categóricas, a favor de mi tesis.

Y las manos temblorosas del anciano académico volvían a sumergirse en el carterón, para luego volcar sobre su pupitre rarísimas e insospechadas cartas de reyes, de sabios antiguos, de monjes, de hombres célebres... ¿Quién era el incrédulo que aún no se convencía ante semejante torrente de pruebas?

Cuando la polémica sobre la autenticidad de las cartas de Pascal y otros documentos era más encarnizada, he aquí que el impagable Chasles sorprende nuevamente a la Academia, con la lectura de varias cartas de Galileo del año 1641, en las que el famoso astrónomo de Pisa hablaba tan pronto del mal estado de sus ojos, como de los satélites de Saturno.

Esta vez el alboroto entre los miembros de la Academia de las Ciencias fué mayúsculo. ¿De dónde sa-

caba aquel hombre tantos documentos históricos desconocidos? ¿De cuántas piezas se componía su estupenda colección?

Cuando se conocieron en Inglaterra las nuevas revelaciones de Chasles y el texto de las supuestas cartas de Galileo, un hombre de ciencia, Grant, demostró que eran falsas, por las siguientes razones: 1º, que el primer satélite de Saturno fué recién descubierto en 1655; 2º, que desde fines del año 1637, o sea cinco años antes de su muerte, Galileo padecía de ceguera completa, cosa que ningún historiador podía ignorar.

—¿Conque eso piensa Grant? — se dijo para sí, lleno de confianza, Chasles. — Pues ya veremos lo que dirá cuando me presente en la próxima sesión de la Academia y pruebe con más cartas de Galileo que desconoce en absoluto la vida y las obras del célebre italiano.

Como lo dijo lo hizo. En la sesión siguiente de la Academia el geómetra coleccionador de autógrafos se presentó nada menos que con veinte cartas de Galileo, cuyo contenido bastaba para desvanecer cualquier duda. La historia de las ciencias iba a ser conmovida por aquellos viejos y hasta ese entonces ignorados testimonios. El día que Chasles habló, con los valiosos documentos en la mano, se supo por primera vez — escribe Bouchardon — que Galileo nunca había estado ciego; que había fabricado, poco antes de morir, un telescopio que permitía observar la marcha de un satélite de Saturno, y que por no haberlo podido utilizar él mismo se lo había enviado a Pascal, quien lo había puesto en manos del astrónomo holandés Huyghens, verdadero ladrón de glorias ajenas, pues habiendo hecho, en marzo de 1655, observaciones exactas sobre el primer satélite de Saturno, no había tenido el menor empacho en atribuirse íntegramente la gloria del descubrimiento.

Estas desconcertantes comprobaciones produjeron gran revuelo. Los sabios holandeses protestaron indignados por la audacia del geómetra francés que pretendía echar sombras sobre la reputación científica de Huyghens. De Italia también partieron voces airadas acusando a Chasles de no ser más que un charlatán irresponsable.

Un distinguido miembro de la Academia, llamado Bretan de Champ, informó a la asamblea en una sesión que las notas de Pascal y buena parte de una de las supuestas cartas de Galileo no eran otra cosa que la copia literal de ciertos fragmentos de una obra aparecida en 1761, de Alejandro Savarién, llamada "Historia de los filósofos modernos".

Miguel Chasles no se apabulló por las declaraciones de su colega. ¡Qué esperanza! Rebosando seguridad y con piadosa sonrisa en los labios, llamó imprudente e ingenuo a Bretan de Champ. ¿Ignoraba, por ventura, su colega que las biografías se hacen con documentos ya conocidos?

—Su Savarién — dijo — es un vil plagiario. ¡Yo lo afirmo y lo probaré! Y de su ya famosa cartera, verdadero cuerno de la fortuna, extrajo cartas de Montesquieu y de Savarién que parecían estar expresamente escritas para replicar y pulverizar la tesis de Bretan de Champ.

—¡Santo Dios, qué hombre! — exclamaban admirados algunos académicos, mientras otros inclinaban la cabeza como queriendo decir: "¡Es invencible!"

Entre los académicos se encontraba el célebre astrónomo Le Verrier. Este sabio, alarmado por las sensacionales revelaciones de Chasles, que amenazaba con sus autógrafos y documentos derrumbar la historia de las ciencias, realizó un bien documentado estudio para poner en evidencia que todo aquello sólo era una escandalosa farsa. Analizó los viejos papelotes de su colega y demostró, sin lugar a dudas, que sesenta autógrafos habían sido servilmente copiados de diversas obras de Thomas, Voltaire, Chauffepie y otros...

La inconcebible comedia llegaba a su término. Chasles, con toda buena fe, intentó probar la autenticidad de sus documentos. Pidió que de Florencia dijeran si la carta de Galileo — la que más ruido había hecho y que llevaba fecha 5 de noviembre de 1639 — era o no falsificada. Se enviaron fotografías. Y la repuesta no tardó en llegar. No podía ser más desastrosa para el desdichado Chasles. El director de la Biblioteca Nacional de Florencia manifestó que el documnto de Chasles era requetefalso, pues había sido groseramente fabricado de acuerdo con el texto de la última edición de las obras de Galileo, publicada en 1856.

Toda defensa era inútil. Quedó evidenciado que la maravillosa colección de autógrafos y documentos, en realidad, no era más que un montón de papeles inservibles. Miguel Chasles, el candoroso geómetra miembro de la Academia de las Ciencias, había sido víctima de un formidable engaño.



— Señora, la consagramos a usted como la más elegante de este pueblo.

— Gracias, pero debo confesar que esta elegancia que les asombra es obra del Sunset. Muchos suponen que yo gasto y arruino a mi marido, cuando en verdad este vestido es uno del año pasado que me teñí con Sunset, transformándolo así en una prenda de moda...

¡27.345 AUTOGRAFOS FALSIFICADOS VENDIDOS COMO BUENOS EN 140.000 FRANCOS!

¿Qué había pasado? De acuerdo con el relato que de este pintoresco asunto nos hace Bouchardon, en el mes de noviembre del año 1861 un tal Denis Vrain-Lucas se presentó en la casa de Miguel Chasles, simulando ser un paleógrafo, para ofrecerle varios documentos rarísimos.

—Soy — dijo — el mandatario del último de los Boisgourdain. Este hombre anciano vive en la mayor pobreza y obscuridad, pero posee en su casa de París la más rica colección de autógrafos que se conozca. En 1791, su antepasado, el conde de Boisgourdain, viendo venir la tormenta, se llevó a América todos sus archivos. Al retornar a Francia, naufragó el vapor, pero pudo salvar sus documentos, si bien algunos quedaron deteriorados por el agua de mar. El hecho es que estas maravillas se encuentran en la actualidad amontonadas en los graneros de la casa. Pero como el nieto del emigrado es un tipo raro, no puedo entrar con facilidad. Por otro lado, no quiere separarse de ningún documento, y sólo lo hace cuando la necesidad le obliga. Haré, sin embargo, lo imposible por traeros las más codiciadas piezas de la colección. En ello no me guía ningún interés material. Todo lo que percibiré será el 25 % que el señor Boisgourdain me acuerda sobre el producto de la venta. Sé con qué ilustre sabio tengo el honor de hablar. Algunos documentos pueden restituir a Francia un poco de la gloria que le han robado. En ninguna parte han de estar mejor que en vuestras manos...

Miguel Chasles, geómetra tan distinguido como crédulo, tomó por cierto el cuento que le endilgara el supuesto paleógrafo. Vislumbró un porvenir glorioso con la valiosa colección que le permitiría trabajar en bien de la ciencia y de la historia, deslumbrando al mismo tiempo a sus coetáneos con la revelación de datos insospechados. Y la colección de autógrafos del inexistente Boisgourdain pasó a ser suya, previo pago de 140.000 francos. No hay pluma que pueda describir la inmensa alegría del inocente Chasles al ver invadida su biblioteca por tan incomparable tesoro. En los viejos papelotes estaba resumida toda la historia de la humanidad. Había cartas de Esquilo a Pitágoras, de Cleopatra a Julio César, de Lázaro al apóstol Pedro, de Alejandro el Grande a Aristóteles, de Poncio Pilatos a Tiberio, de Safo a Cicerón, de Sócrates a Euclides, de Judas Iscariote a María Magdalena, de Carlos Martel al duque de Maures, de Eloísa a Abelardo, de Carlos V a Ravelais, de Cristóbal Colón a Rabelais, del Cid al rey de Navarra, de Ninón de Lenclos al marqués de Villarceaux..., de Tácito, de Atila, de Nostradamus, de Ignacio de Loyola, de Nerón, de Ovidio, de Platón, de Shakespeare, de Mecenas..., etc., ¡Y qué fabulosa cantidad! ¡De Galileo sólo había cerca de dos mil! Y todo, ¡oh inestimable dicha!, por unos miserables 140.000 francos. ¿Qué diría la Academia de las Ciencias cuando él ofreciera a manos llenas, en solemne sesión, aquellos testimonios llamados a poner la verdad histórica en su lugar?

EL FALSIFICADOR Y LA VICTIMA

Descubierta la mistificación, faltaba sólo conocer algunos entretelones del jocoso asunto que tantos dolores de cabeza había dado a Miguel Chasles. Se supo que el fabricante de autógrafos era un pobre tipo que se había pasado ocho años falsificando documentos. Asiduo concurrente a la biblioteca imperial, copiaba toda carta célebre que encontraba, o bien extraía de los libros fragmentos de autores conocidos. Luego, en su casa, pacientemente, redactaba las célebres cartas en papeles a los que daba apariencia de viejos, valiéndose de diversos procedimientos y utilizando una tinta especial que había inventado. De esta manera abastecía a "placere" a Chasles, que todos los días, después de los sensacionales debates en la Academia, iba en busca de algún documento raro con el cual pudiera hundir a sus contricantes.

—¡Ah — suspiraba el geómetra — si lograra una carta de Pascal en la que afirmó...!

—La buscaré y la he de encontrar — respondía con toda frescura el falsificador.

LAS DECLARACIONES DE VRAIN-LUCAS ANTE LOS JUECES

El 23 de febrero de 1870 se inició el proceso que suscitó extraordinario interés en los círculos intelectuales. Vrain-Lucas pretendió defenderse con una carta en la que sostenía no haber cometido ningún delito. Sus originales teorías no podían ser más risueñas. "A pesar de todo — escribe, — mi conciencia está tranquila. Tengo la convicción de no haber hecho mal a nadie. Si para llegar al fin que me propuse no he obrado con la debida inteligencia, si he utilizado un medio equívoco, si he empleado una estratagema para llamar la atención y avivar la curiosidad pública, no era más que para recordar los hechos históricos olvidados y hasta desconocidos por la mayoría de los sabios. Tenía buenas intenciones. Deseaba propagar los conocimientos humanos. Instruía divirtiendo. Lo prueba el hecho que durante todo el tiempo que duró la discusión en la Academia de las Ciencias, muchos fueron los que concurrieron a las sesiones interesándose por lo que había de leerse."

Manifiesta luego que los autógrafos los hacía con el único propósito de divertirse, sin poner mayor cuidado en su redacción, hasta que un día se presentó Chasles con el deseo de adquirirlos y divulgarlos. Y agrega: "Fué sólo más tarde, cuando Chasles comenzó a publicar las cartas y me informó de las observaciones que provocaban, que puse más cuidado en simular la escritura y en escoger los documentos, pues viéndolo tan deseoso de triunfar, me dispuse a secundarlo con todas mis fuerzas..."

Durante el proceso, al que asistía numeroso público para no perder detalles del ruidoso "affaire", las salidas angelicales de Chasles y las réplicas humorísticas de Vrain-Lucas daban motivo a escenas regocijantes.

—Lucas — decía con toda gravedad Chasles, — me debía tres mil piezas que el pretendido Boisgourdain había prometido. Pensando que podía huir con esos documentos, di parte a la policía para que lo vigilara...

—Habéis oído — interrumpía sonriendo Lucas: — lo dice sin que yo se lo pida. Chasles no tenía bastante todavía. ¡Era insaciable, in-sa-cia-ble!

Todo el mundo reía del candoroso académico y del audaz falsificador, que con el mayor desparpajo prosiguió expresándose de esta suerte:

—Yo no he hecho mal a nadie. He querido sólo recurrir a una forma picante para reavivar el gusto por las discusiones literarias y científicas, y, ¿por qué no decirlo?, para proyectar un poco más de luz sobre nuestras glorias nacionales. Chasles debía ser el último en reprochármelo, ya que gracias a mí, durante dos años, fué escuchado con atención...

Vrain-Lucas fué condenado a dos meses de prisión y a pagar una multa de 500 francos. Miguel Chasles murió de indigestión el 8 de diciembre de 1880. ¡No podía tener otro fin el hombre que en vida dió pruebas de poseer incomparables tragaderas!

DOLAN CROLEN

¿Cómo se hace un tango?

"SILBANDO, SILBANDO SIEMPRE; Y QUE LO SILBE MUCHO EL PUBLICO — EXTRAÑA PARADOJA — ES LA MEJOR SEÑAL DE EXITO", DICE ENRIQUE DISCEPOLO.

CUANDO fuí a casa de Enrique Discépolo para preguntarle cómo se hace un tango, lo encontré con un humor de perros, maldiciendo contra Edison, contra Marconi, contra la electricidad y todas sus consecuencias, contra el inventor de la pasta de discos gramofónicos—¿qu én será el pobre señor? — y, por fin, contra los autores de tangos, él inclusive.

OJO POR OJO... Y MIL TANGOS POR UNO

—¡Soy un tal y un cual! — gritaba — ¡Si yo no hubiera escrito ese tango no tendría hoy este martirio! ¡Maldito sea!...

Traté de calmarle con buenas palabras y alguna broma, pero no conseguí mi objeto. Sólo logré que se excitase más al darme la siguiente explicación:

—¡Hombre, tú dirás si hay derecho! Me he acostado a las ocho de la mañana, después de trabajar toda la noche en un sainete lírico, del que hago el libro y la música, y que Carcavallo espera con toda urgencia para estrenar en el Nacional. Me acuesto rendido de cansancio físico y moral. ¿crees que no tengo derecho a descansar?

—¡Claro que sí, perfecto derecho!

—Bueno, pues, ¡maldita sea la radio!, no lo creen así el vecino de arriba, ni el de abajo, ni el de al lado, ¡así se les rompan todos los discos!, porque a las nueve ya están dale que le das a la manija, poniendo discos en gramolas, radiolas, gramófonos y demás aparatos de tortura, ¡y con tangos!, ¡y con tangos míos!

—Querido Enrique, el que pongan tus tangos debería alegrarte, creo yo — le digo en mi afán de calmarle. Pero ¡sí, sí, buena calma!

—Pero, ¡qué me ha de alegrar! ¡Mal haya el inventor de las agujas! Yo cobro por cada disco unos centavos, ¿crees que eso compensa el que los vecinos de arriba me hagan oír diez o doce veces seguidas el mismo disco? ¡Y sobre todo a estas horas!..

PASO LA TORMENTA. — EL TANGO SE CREA SILBANDO

Por fin se calmó. ¡Claro, no iba a pasarse toda la vida así!

Ya reintegrado a su simpática personalidad cotidiana, perfumado con su amabilidad mundana y su carácter abierto a todos los humorismos, enlazamos nuestros brazos y salimos a la calle. En el garage cercano a la casa, en la misma cuadra, tomamos su coche, y mientras paseábamos, le pregunté:

—¿Cómo se hace un tango?

—Silbando — me respondió con presteza, y con esa sonrisa que sale de sus ojos entornados, subrayando con un "¡no lo creas!" lo que dicen sus labios. (Yo he observado que los humoristas, y los ironistas, y los sardónicos y los burlones tienen un no sé qué en la mirada que avisa cuando hablan en broma o en serio. Lo que no he podido determinar es si estos espíritus sutiles dicen en serio sus bromas, o toman a broma sus palabras más serias. Total: que me he hecho un lío. Ustedes perdonen.)

—El silbido es a los tangos lo que el agua a los peces. Tango que no se silbe tango que muere — continúa Discepolo, — y cuanto más se silbe, mayor es su éxito. Los autores de tangos amamos el silbido tanto como lo odian los autores teatrales. Es ley humana que lo que a unos contenta, a otros enfade.



Ya se ha puesto al armonio para recortar, perfilar, ajustar la música. De pronto, se interrumpe, duda. Para recordar, para volver a tomar el hilo, tiene que silbar nuevamente

EL TANGO NO SE HACE: NACE

—Bueno, pero no te pregunto cómo se mide el éxito de un tango, sino cómo se hace, cómo se crea.

—Pues silbando también, ¿no te lo d'go? El autor empieza a silbar un tema cualquiera, una frase, un motivo. Y lo silba todo el día, en todo momento, repitiéndolo hasta el infinito. Cuando ya lo domina, no tiene más que escribirlo y darlo a editar y grabar. ¡Y en el pecado lleva la penitencia! porque luego se ve condenado irremisiblemente a seguirlo escuchando miles de veces...

—Mira, esa explicación, no me basta; concreta más. ¿Qué es lo primero que haces cuando quieres componer un tango?

—Yo nunca "quiero" componer un tango. El tango no necesita creador; se crea él solito. Nace del ambiente de un mudo deseo del público que, sin saberlo, "necesita" un tango. Y si el autor acierta a ver ese momento, y siente también él la necesidad de decir algo, y coincide en expresar el deseo del público, está en condiciones de escribir ese tango que no puede decir que ha creado, ya que el tema, el motivo, el ritmo, todo, se lo ha dado el público mismo.

¡ES FACILISIMO ESCRIBIR UN TANGO!...

—Muy bien. ¿Y entonces?

—Entonces, se escribe. ¡Sí, ya está! Se tiene el tema total, y la música que interpreta el momento, y algunas palabras y frases sueltas que fijan las ideas. No hay más que insistir, insistir sobre el mismo tema — silbando, como te he dicho — creando un campo amplio para la música. Luego, poco a poco, se va recortando, se va perfilando, se va ajustando, y ya se tienen la música exacta y las frases fundamentales. Después, se escribe la letra que el momento y la música exigen... ¡y ya está! Te aseguro que un tango no tiene importancia, ni cuesta trabajo.

—Entonces ¿se hace rápidamente?

—Según. A veces, lo de silbar, crear el campo y perfilar, dura más de un año; a veces, menos.

Como supongo que esta concreta explicación les dejará a ustedes satisfechos, paso adelante sin insistir.

EL TANGO HA DE SER "CONVERSADO". — ALGUNOS EJEMPLOS.

—¿Qué necesita un tango para tener éxito?

—Que surja en el momento preciso: cuando "hace falta", cuando el público "lo necesita". O sea, como ya te he dicho, cuando tiene su autor la habilidad o la suerte de captar el ambiente. Desde luego, el tango tiene que estar conversado sobre la música.

—¿Cómo es eso?, ¿conversado?

—Sí; ha de llevar un proceso lógico y una perfecta unión, sin soldaduras perceptibles, entre la letra y la música. Por ejemplo: esa frase de "Sola, fané, descangayada", no puede tener otra música, sino la que tiene, para expresar aquél momento. Y la otra de "¡Y pensar que hace diez años!", ¿no dice en su música tanto o más que la frase misma? Y la amargura de: "¡Yira, yira!",



Una avería en el motor. Mientras el chófer procura arreglarla, Discepolín, en su obsesión del tema felizmente hallado, sigue silbando, silbando



Pero el martirio comienza cuando, ya escrito y labrado el tango nuevo, tiene que oírlo continuamente. "¡No silbes, por favor!", le pide al amigo que, sin recordar que está junto al autor, se ha puesto a silbar el tango de moda



Enrique Discépolo, en plena creación de un tango, va a la cocina a ver cómo marcha la cena. (No come nada a mediodía. ¿Será este detalle parte de la receta para hacer tangos de éxito?). Al levantar la tapadera de la cazuela, silba el tema que más tarde escribirá

¿no es tan honda en esas dos palabras como en la música que llevan? A eso me refiero al decir que el tango es conversado sobre la música: a la sencillez, al no rebuscamiento de la frase musical.

EL RITMO ES LA VIDA DEL TANGO: NO MORIRA

—¿Qué se hace antes: la letra o la música?

—Lo esencial del tango es la música, y por eso es la primera que ha de surgir. De ahí que los mejores tangos son los que son hechos, música y letra, por el mismo autor. Así es cómo, naturalmente, hay verdadera competencia entre ambos elementos.

—¿Qué es lo más difícil de un tango?

—Encontrar el tema para escribirlo. Y, una vez escrito, encontrar quien lo cante como lo ha pensado y hecho.

—¿A qué atribuyes la enorme difusión mundial del tango?

—A su ritmo. Le pasa igual que al jazz: su ritmo es su vida, y el tango tiene el ritmo de las cosas eternas: por eso no morirá jamás, y vivirá siempre pujante, arrollador, en pleno triunfo.

—¿Cómo defines el ritmo del tango?

—Al revés que el jazz. Es lerdo, perezoso, cansado desde que nace; pero camina siempre con paso constante, no se detiene jamás, es infinito. Y sirve lo mismo para el que va, como para el que vuelve: tiene la tristeza de la despedida, y la amargura del que vuelve derrotado.

EL TANGO TIENE DE TODO, MENOS ALEGRIA Y COMICIDAD

—¿Y alegría?

—¡No, el tango no tiene alegría! Un tango alegre, no sería un tango; sería una canción cualquiera: un tango, no. El tango, que no es puramente folklórico, sino de espíritu babilónico, lo único que tiene de Buenos Aires es su potencia amarga. Por eso es tango criollo; porque es la mejor expresión del carácter nuestro de los porteños; no de los argentinos, sino precisamente de los porteños.

—¿Cómo se expresa mejor un tango: al tocarlo, al cantarlo o al bailarlo?

—¡Un tango siempre tiene su sabor!... si se le interpreta bien. Es preciso que sea bien tocado, que se cante con emoción, y que se baile sin aspaviento... y en serio, ¡siempre muy en serio! El tango no admite chanzas.

¡ES UNA COSA MUY SERIA EL TANGO!

—Pero, Enrique, ¿y los tangos "de cachada"?

—¡No son cómicos! Serán burlescos, sarcásticos, irónicos si quieres, pero nunca producen hilaridad. A lo sumo, una sonrisa amarga, al ver retratado, en cualquiera de sus frases mordaces, un momento de nuestra vida. El tango es igual que los porteños, tiene nuestras mismas cualidades.

—¿En todo es igual? — pregunto para terminar.

—En todo. El porteño, por amor propio, por muchísimo mal entendido, no quiere jamás aparecer como romántico, aunque lo sea, y mucho. Y al tango, le sucede lo mismo. El tango tiene recuerdo de tactos, de bellas quimeras, de abrazos; perfume de amores, de besos, de muchas mujeres. ¿Crees que eso puede ser cómico alguna vez?...

Me doy por vencido: tiene razón Discépolo. Tan serio es el tango, que a mí mismo me ha hecho poner serio, y escribir en serio, casi todo este reportaje. ¡Es una cosa muy seria el tango, y Discépolo, su triunfador intérprete!...

SANTIAGO DE LA CRUZ

El rincón de la casa

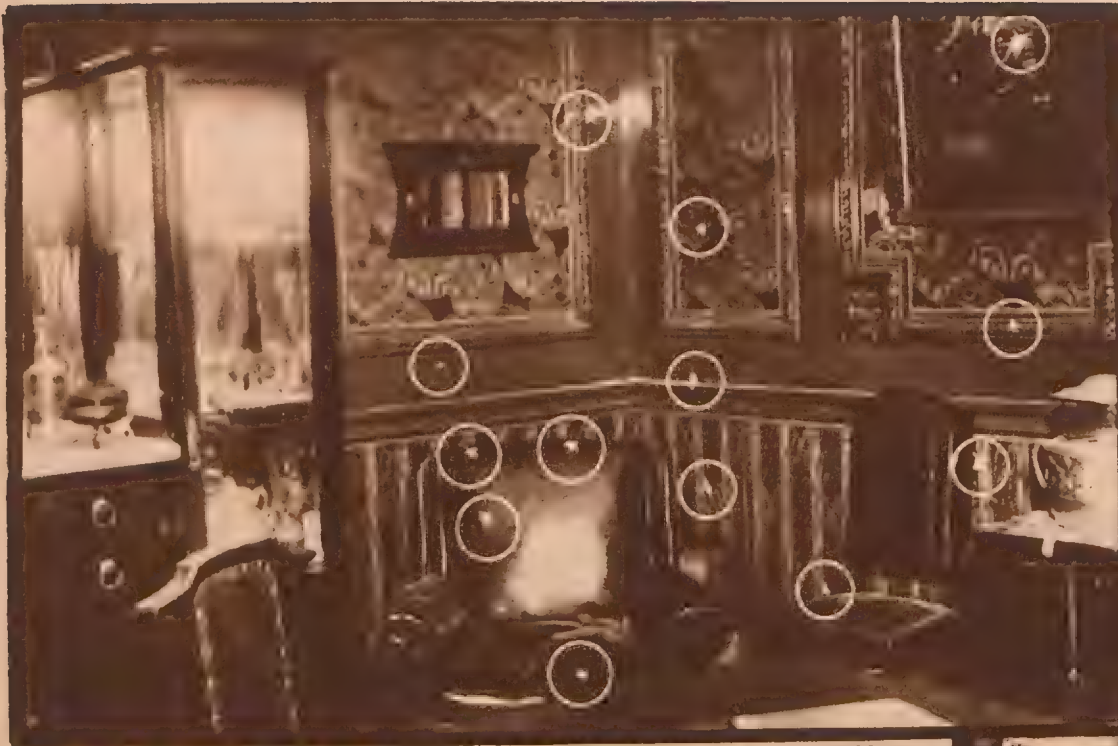
CONTRA LAS HORMIGAS. — Lo mejor para combatirlas, es regar los lugares donde suelen salir con petróleo del menos refinado, introduciendo trapos o papeles empapados en él en los agujeros. También el petróleo sirve para combatir el avance de los mosquitos y moscas. Además, así crudo, evita enfermedades de las vías respiratorias. No debe temerse, pues, por la salud.

Se evita que las medias negras se pongan verdosas después de lavarlas volviéndolas del revés y lavándolas con agua jabonosa, pero sin frotarlas con el jabón. Luego se aclaran con agua tibia y un poco de vinagre y se ponen a secar donde no dé el sol.

Los aceites rancios o que contienen impurezas se purifican echándolos en un recipiente con el fondo lleno de agujeros y cubierto de una capa de veinte centímetros de carbón vegetal.

Si se quiere tener aceite sin color se sigue igual procedimiento; pero sobre el carbón vegetal se echa otra capa de carbón mineral. Repitiendo el procedimiento dos o tres veces queda el aceite completamente puro.

LIMPIEZA DE GUANTES. — Los guantes de piel de Suecia u otros guantes lavables, se tratan, para su limpieza, de la manera siguiente: Utilícese agua tibia, no caliente, y jabón blanco. Sumérjanse los guantes enteramente y exprímanse bien. Trátense los guantes por lo menos dos veces con agua y jabón, lavando enteramente. Enjuáguense en dos aguas de la misma temperatura tibia, sin retorcerlos, sino apretándolos hasta que el agua salga. Luego se pliegan entre dos toallas y se exprime todo lo que sea posible. Hínchense soplando y póngaselos a secar en la sombra, suspendiéndolos de la "muñeca". Cuando ya están casi secos, se les suaviza teniéndolos en una mano y alisándolos con la otra.



LA NOTA POLICIAL DE LA SEMANA

AQUI PUEDEN VERSE LAS HUELLAS DE LOS BALAZOS que se cambiaron entre los mismos asaltantes en la casa de los Sola en Avellaneda. Este es el comedor a cuya mesa se hallaba sentado el empleado Eduardo Goña, quien fué sorprendido por tres enmascarados que le ordenaron que levantara las manos. Goña, sin intimidarse, sacó su revólver y repelió la agresión, siendo herido por el jefe de la banda, Rafael Lorenzo o Roberto Lozada, que cayó muerto tal vez por las balas de sus propios compañeros, quienes hicieron fuego a través de la puerta que comunicaba este comedor con el diario, donde fué hallado sin vida el cabecilla de los pistoleros



LAS PISTOLAS, PROYECTILES Y OBJETOS que llevaban los asaltantes que cayeron en poder de la policía. Los anteojos que se ven sobre la mesa pertenecían al asaltante muerto, Rafael Lorenzo, y cuyas características son las mismas del que se encontró en el restaurante de Avellaneda donde fué asesinado hace poco el mayor Rosasco, lo cual hace suponer que el pistolero pudo haber sido uno de los asesinos





JESUS LOPEZ LEMOS es el asaltante herido por su propio compañero a través de la puerta que unía a los dos comedores

ES DELICADO EL ESTADO DEL EMPLEADO Eduardo Goña, que fué herido por el jefe de la banda de asaltantes al no acatar las órdenes que le dieron



LA FLECHA INDICA EL TRAYECTO que hicieron los asaltantes: entraron por esta puerta del comedor diario para sorprender al empleado que se hallaba en el otro comedor, cuya puerta da al frente
Fotos Louzán

EN EL PISO DEL COMEDOR DIARIO, donde pueden verse manchas de sangre, cayó herido de muerte el asaltante que encabezaba la banda de Avellaneda

Nuevos Tiempos, Nuevos Rumbos

Mundo Argentino

el popular semanario que desde hace veinte años viene pulsando la opinión pública, ha ido evolucionando al compás de los gustos del pueblo.

No ha querido fosilizarse nunca, sino evolucionar como una vida sana e inteligente. Por eso, desde el

Próximo miércoles 19 de agosto aparecerá

COMPLETAMENTE REFORMADA Y CONVERTIDA EN UNA GRAN REVISTA

PARA LA MUJER, EL HOMBRE y EL NIÑO

PARA LA MUJER
contendrá la emoción de novelas, cuentos y artículos que mantengan vibrante su sensibilidad, como asimismo temas hogareños y sanos consejos que le sirvan de orientación en su vida.

PARA EL HOMBRE
habrá, entre otras cosas, las importantes secciones "La política al pelo y contrapelo" y "Las cartas abiertas", llenas de comentarios del momento actual de la república, además de notas del país y del extranjero de gran interés.

PARA EL NIÑO
los cuentos infantiles escritos por las mejores plumas del género, además de las historietas cómicas "Don Fermín", "Los sobrinos del capitán" y "Don Pánfilo y su perro Adolfo". Los cuentos de tres niñitos y un sensacional concurso escolar.

Como el costo de

Mundo Argentino

se ha triplicado, el precio del ejemplar será de veinte centavos en toda la república, convirtiéndose en una revista

ENTRETENIDA - INSTRUCTIVA - INFORMATIVA

Reputados escritores, tanto nacionales como extranjeros, prestarán su colaboración en esta nueva etapa del popular semanario argentino.

No lo olvide Vd.

El miércoles 19 *Mundo Argentino* aparecerá totalmente reformado

0.20 centavos en toda la República

Las Ultimas Notas Gráficas de Corrientes



POR CONSIDERARSELES COMPLICADOS EN LOS SUCESOS se hallan en el Departamento Central de Policía muchos civiles detenidos, quienes tendrán que declarar ante la justicia. Como se ve, en su mayoría se trata de gente humilde que se vió envuelta en la intentona revolucionaria que partió del regimiento 9 de infantería, a cuyo frente se puso el teniente coronel Gregorio Pomar, luego de dar muerte al jefe de este cuerpo, teniente coronel Lino H. Montiel



CON CUATRO SABANAS SE IMPROVISO UNA BANDERA DE PARLAMENTO que se izó en una de las columnas del alumbrado, con objeto de que las cañoneras "Rosario" y "Paraná" no bombardearan la ciudad, que ya había recobrado su normalidad, cuando las naves llegaran al puerto de Corrientes



EN ESTA BALSA AUTOMOVIL DEL MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS se fugó el jefe del movimiento revolucionario la noche del martes 21, llevándose varias piezas de artillería y doscientos soldados, con los cuales se dirigió al puerto de Humaitá (Paraguay), donde se entregó a las autoridades



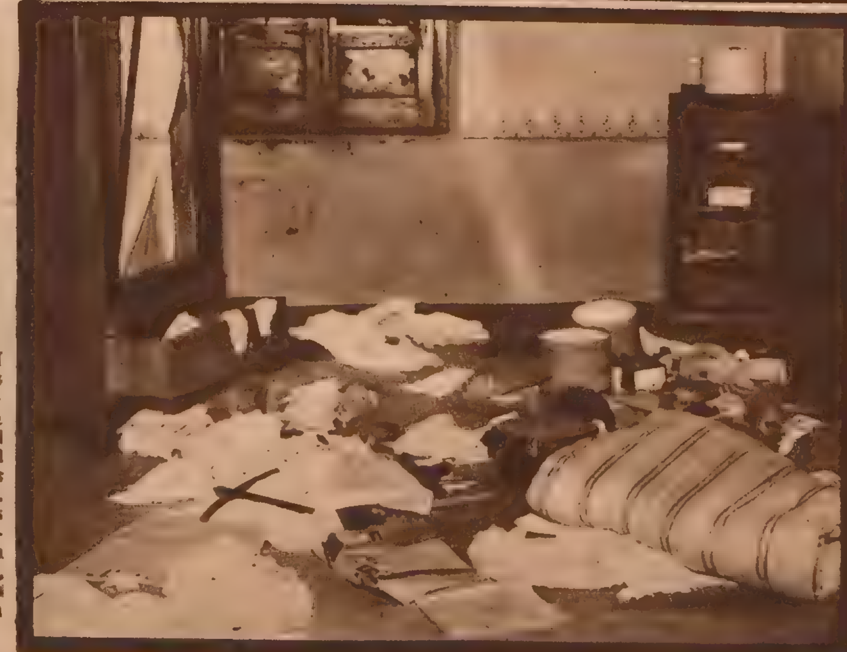
EL MINISTRO DE HACIENDA de la intervención nacional, doctor Enrique Sandoz, que fué depuesto por los revolucionarios y que volvió a hacerse cargo de su puesto



EL DIRECTOR DE NUESTRO COLEGA "LA SEMANA", señor Oscar Daluzzo, preso por el teniente coronel Pomar, a quien le dijo que el movimiento había fracasado



EN ESTE ESTADO SE ENCONTRO UNA DE LAS HABITACIONES particulares del personal directivo de la Escuela del Centenario, donde se realizó la concentración de fuerzas civiles adictas al movimiento, y que luego se dieron a la fuga al enterarse de la huída del jefe del motín. Los colchones de las camas fueron revueltos y los cajones de los muebles violentados



COMPLETAMENTE EN DESORDEN dejaron los revolucionarios la habitación de la directora de la Escuela del Centenario. El edificio sirvió de cuartel civil a las fuerzas adictas al teniente coronel Pomar. Poco más o menos, todas las dependencias del establecimiento quedaron en este lamentable estado, revueltos los más diversos objetos que había en la casa



NUMEROSOS FUSILES FUERON ABANDONADOS POR LOS REVOLUCIONARIOS en fuga, una vez que se dieron cuenta que había fracasado el movimiento. Dos agentes llevando al Departamento de Policía armas que fueron encontradas en los alrededores de la Casa de Gobierno por las fuerzas que allí estuvieron apostadas



COCINAS DE CAMPAÑA DEL REGIMIENTO 9 DE INFANTERIA QUE FUERON ABANDONADAS por los revolucionarios frente al edificio de la Escuela del Centenario, donde, según se sabe, hubo la mayor concentración de tropas y civiles al mando del cabecilla del movimiento revolucionario, teniente coronel Gregorio Pomar

Fotos Quiroga



UNA PIEZA DE ARTILLERIA Y SU CARRO DE MUNICIONES, con un grupo de soldados del 9 de infantería, amanecieron frente a la plaza de Mayo después de la fuga de los revolucionarios. Uno de los conscriptos, vencido por la mala noche que ha pasado despierto, está profundamente dormido. Los soldados que tenían a su cargo la pieza de artillería no recibieron otras órdenes que las de permanecer frente a la plaza mencionada, y allí amanecieron al restablecerse la normalidad

VAMOS A VER...



—Te lo digo y te lo repito: Jones es un mal jugador.
—¿Por qué? ¿Porque se enoja cuando pierde?
—Mucho peor: porque no pierde nunca.

(De "Passing Show", Londres)



—Estoy cansado ya de comer siempre en el hotel.
—¡Cásese, pues!
—Ya estoy casado.

(De "Variedades" Lima)



—Mamá, ¿cómo iban vestidos los soldados de Belgrano?
—Hijo mío, no sé...
—¡Pero, cómo! ¿No te acuerdas?

(De "Buen Humor", Madrid)

Durante un caluroso día de verano, dos judíos se dan aire con sus abanicos.

—Yo no sé qué hacer — dice uno de ellos — para no comprar tantos abanicos. No sé si es que me doy mucho aire o qué; pero es el caso que se me rompen en seguida. Y por cierto que el vuestro es magnífico: es hermosísimo; ¡una verdadera joya! ¿Os habrá costado muy caro?

—No; me lo encontré en un paseo.

—¿Y cómo os abanicáis que lo tenéis enteramente nuevo?

—¡Ah, muy sencillo! Tomo el abanico, lo abro y lo pongo delante de mí... y para darme aire comienzo a mover rápidamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

Un andaluz que había realizado una ascensión en globo, decía:

—Subimos a tanta altura, que perdimos de vista la tierra. ¡Y aquí fué nuestro apuro!

—¿Por qué?

—¡Pues como no veíamos el planeta, nos era imposible bajar!

La señora Weil da una gran recepción. Le piden que toque el piano. Se quita los anillos — diez en total — y los deja sobre el piano. Termina la ejecución, se levanta y recoge sus anillos. Falta uno.

—Alguien — dice, — por descuido o en broma, acaba de quitarme mi anillo de platino, que tiene dos zafiros y un brillante. Weil ha pagado diez mil pesos por él. El descuidado o el bromista debe dejarlo en seguida en esta caja de plata. Voy a apagar todas las luces para que no pase ninguna vergüenza el que lo haya agarrado. ¡Apago!

Al cabo de algunos instantes, la señora Weil dice:

—¡Enciendo!

Y enciende. El anillo no ha vuelto a aparecer. La caja, en cambio, ha desaparecido.

En una sección de espiritismo.

El viudo. — Si eres mi mujer dame una prueba concluyente.

El fantasma. — Necesito un garrote o una valija.

El viudo (convencido). — Eres mi mujer.

Un avaro se detiene ante un pobre que le pide limosna, y dice:

— Aquí tiene usted cinco centavos, para que se convenza de que el dinero no constituye la felicidad.

Un padre a su hijo:
— ¿Qué lugar ocupas en la clase?
— El veintiséis.
— ¿Cuántos alumnos sois?
— Veintiséis.
— Veo que te luces, hijo mío.
A los ocho días:
— ¿Qué lugar ocupas ahora?
— El veinticinco.
— Veo que has ganado un puesto.
— No, papá, es que se ha marchado uno de los chicos.

En el hotel.

— ¡Qué barbaridad! Una mosca en el plato.

— Calla mujer. No digas nada. ¿No ves que el menú está en francés y es probable que hayamos pedido sopa de moscas.

— Pero, hombre, ¿es posible que tú seas tan tacaño?

—¿Por qué lo dices?

—Porque me aseguran que, por no gastar, tienes a todos los de tu casa muertos de hambre.

— Miente quien tal diga. En mi casa todo el mundo está harto. Mi mujer está harta de mí; yo estoy harto de mi mujer, los criados están hartos de nosotros, y nosotros estamos hartos de los criados.

Julia era una joven muy simpática y Ernesto estaba profundamente enamorado de ella. Un día Julia le dijo:

— Ernesto, mañana es mi natalicio y puedes mandarme una hermosísima rosa por cada año que he vivido. ¿Podrás adivinar los años que tengo?

Ernesto no sabía la edad de su novia, pero tenía entendido que ella, como las demás mujeres, quería aparecer muy joven; así es que se fué a ver al mejor florista que había en la ciudad y pidió diez y ocho rosas, con encargo de que se las mandaran a casa de Julia.

Ahora bien: resulta que el florista, queriendo captarse la simpatía de la familia de Julia, que era rica y prominente, ordenó a su empleado:

— Juan, antes de mandar esas flores, agregue usted una docena de rosas de mi parte.

Una amiga va a visitar a una joven señora, que ha contraído enlace no hace mucho tiempo.

— Te encuentro muy retraída, Sira ¿qué te pasa?

—¡Dichosa de ti, que puedes salir sola a la calle! Mientras mi marido está en el empleo, yo no quiero salir ni a la puerta de calle...

—¿Desde cuándo, querida?

— Desde que supe, por los diarios, que le llaman "el celoso funcionario señor Pérez".

—¿Por qué no se ha presentado usted al llamamiento para el sorteo de conscriptos?

— Por respeto a la ley.

—¿Qué ley?

— La que prohibe los juegos de azar.

En el restaurante:

Mozo. — Sí, señor; le voy a servir. Tenga un poco de paciencia.

Huésped. — Sí, tengo paciencia; pero quiero concluir mi comida antes de que vuelvan a subir los precios.



El actor. — Parece que yo lo conozco a usted. Usted y yo hemos estudiado en el mismo colegio.
El apuntador.—¡Exactamente! Mira por donde no va a ser esta la primera vez que te apunto.

(De "Buen Humor", Madrid)



— Mira, mamá, ahí está papá tocando el cornetín.
— Calla; no vayas a estropear el negocio a tu padre.

(De "Passing Show", Londres)



Ella. — Y si le digo que no, ¿se suicidará usted?
El. — Sí; es lo que acostumbro hacer en estos casos.

(De "Fantasio", París)

DON PANFILO Y SU PERRO ADOLFO

DESDE EL BANCO, Y ANTES DE PROCEDER CONTRA LOS SUPUESTOS LADRONES, SE COMUNICAN TELEFÓNICAMENTE CON DON PANFILO, PUES ADOLFO NO HA APRENDIDO A HABLAR POR TELÉFONO TODAVÍA



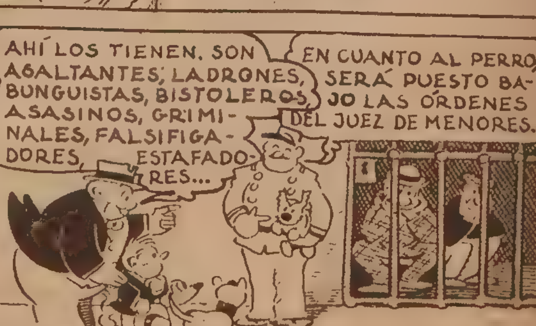










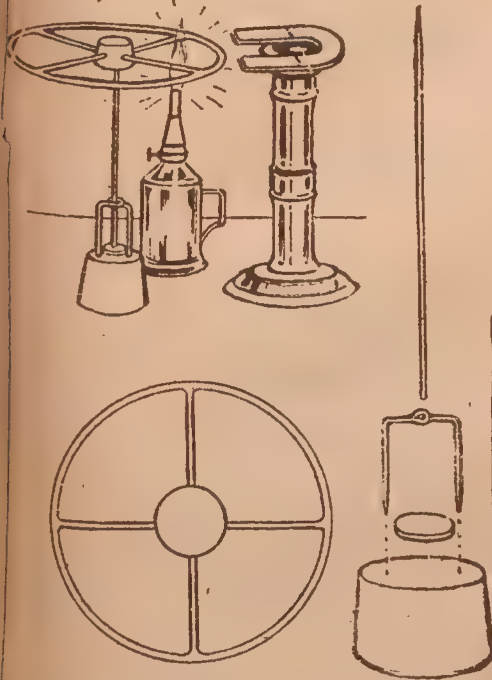


Inventos prácticos y entretenimientos

LA RUEDA MISTERIOSA

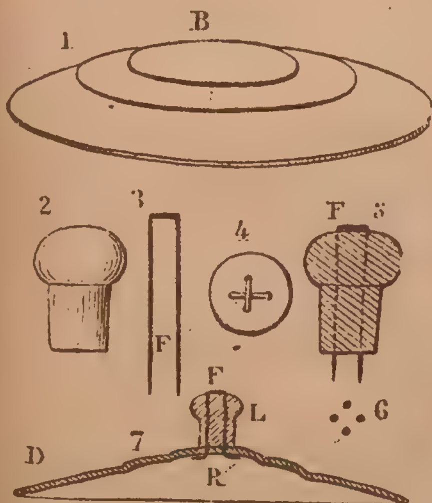
ESTAÑE usted unos alambres, dispuestos de manera de constituir una rueda de cuatro rayos, en la forma que puede verse en la figura que acompaña estas líneas.

Luego, las extremidades de dichos rayos que se encuentran en el centro deberán ir embutidas en un corcho. Por otra parte, y sobre un corcho más grueso, embutir también otro alambre,



He aquí todos los elementos indispensables para la construcción de la rueda misteriosa, y forma en que éstos deben colocarse a fin de que produzcan el efecto que se persigue con este entretenimiento

pero éste curvado en forma de U, con un pequeño espacio en el centro, hecho al hacer la corvadura, y viniendo a formar una especie de hebilla, por donde pasará una aguja de las que se usan para tejer medias. La parte de arriba irá pinchada en el centro del eje de corcho que forma la rueda, y la de abajo descansará sobre un redondelito de celuloide, que estará aplicado en el centro



del corcho grande, que es el que forma el pie del aparato. Una vez terminado en esta forma dicho aparato (tal cual lo indica la figura), usted puede apostar a los que le rodean el hacer dar vueltas y vueltas a esta rueda sin ayuda de ningún motor ni soplar, sin imprimir ningún golpe a la rueda y sin acercársele siquiera. Pero ¿cómo podrá ser esto, entonces? En vano los asistentes se devanarán los sesos queriendo desentrañar esto, que no titubearían en considerar un misterio.

Pero, como puede verse, no tiene nada de sobrenatural.

Vuelve a insistir usted; el disco dará vueltas mucho tiempo; y como ya se ha dicho, sin atarlo, sin gomas, sin resorte, seguirá girando lentamente y regularmente. Cuando su público se dé por vencido, usted colocará ya sea una lamparita o una vela encendida debajo del círculo, de manera que la llama esté en contacto, en un punto de dicho círculo. Luego, no muy lejos, a unos cuatro centímetros más o menos, y descansando en forma horizontal sobre algún soporte, un candelero por ejemplo, usted colocará un imán. Y la rueda dará vueltas sin parar y por sí sola. He aquí el secreto de este interesante entretenimiento, que se recomienda por sí solo para amenizar las veladas familiares en estas largas y crudas noches de invierno en que resulta imposible y hasta peligroso para la salud salir de casa.

PARA COMPONER LAS TAPAS DE SUS CACEROLAS

Hay muchas cacerolas que en vez de mango tienen un aro en el centro de la tapa, el que está fijado en ella ya sea por medio de una soldadura o bien clavado y luego remachado, sirviendo este aro de agarradera. Muchas veces sucede, pues, que a causa de alguna caída o por la misma acción del fuego, se desprende de la tapa este aro, dejando aquella, si no inservible, por lo menos bastante inutilizada.

Trataremos, pues, de remediar el daño, y hasta cierto punto con muy notables ventajas.

Para esto tome usted un corcho de botella de champaña, que tallará y pulirá, como lo indica la figura 2; luego, con dos pedacitos de alambre fabricará usted dos horquillones (fig. 3). Una vez terminados estos horquillones, hágalos pasar por el corcho (fig. 4), cruzándolos en ángulo recto. Cuando haya terminado esto quedarán, como se indica en la figura 5 F, es decir, sobrepasando algo las puntas de los horquillones del límite del corcho.

Por otra parte, habrá usted perforado la tapa antedicha con cuatro agujeritos (figura 6), tratando que correspondan exactamente dichos agujeritos con las cuatro puntas de los horquillones. Coloque usted entonces su tapón de manera que calcen en ellos las cuatro puntas de los horquillones; una vez todo colocado, dará usted vuelta hacia adentro las cuatro puntas R de la figura 7 y habrá usted obtenido un botón que le permitirá el fácil manejo de la tapa antes tan incómoda, y tendrá, además, la no poco agradable ventaja de no quemarse los dedos, pues es el corcho un aislador perfecto. Si fuera de su agrado puede usted además pasar un aro de alambre por el corcho, a fin de poder colgar la antedicha tapa.

No dudamos que estos pequeños inventos, tan prácticos en todos los hogares, son siempre bien recibidos, sobre todo por las personas aficionadas a componer y ordenar las cosas de la casa en sus ratos de ocio.

DECENTE, PERO SIN MEDIAS

ESTAS eran las edades de Jorge y Cipriana, cuando se conocieron y amaron. ¿Amarse? Veamos.

Jorge Gorriti, apenas terminó el bachillerato, — y con las notas más altas — resolvió no seguir estudiando. El viejo Gorriti — un padrazo — no puso mayores inconvenientes a la decisión de su hijo. Era listo, demasiado listo acaso. Y si no quería estudiar más, allá él. Tampoco al padre le seducían mucho las carreras profesionales. Al vasco Gorriti no le había hecho falta ser abogado, ni médico ni arquitecto, para llevar una vida cómoda, y no abrigar temor alguno de que su vejez no fuera igualmente regalona. Los remates de muebles baratos eran un buen negocio. A su hijo, si quería, le sobraban condiciones para substituirle, cuando, dentro de algunos años, ya se acogiese a la tranquilidad de un bien ganado retiro...

Lo que el viejo martillero no veía con tanta complacencia, eran las aficiones literarias del muchacho. ¿A quién habría salido con aquellas ideas? Él, rematador; sus padres, modestos carniceros; sus abuelos, labradores humildes, allá, en Vasconia... Y por parte de su mujer, los mismos o parecidos antecedentes. Ni un mal veterinario — pongamos por profesión intelectual — había salido entre la abundante parentela, actual y pretérita de los esposos...

El hijo, en cambio, devoraba toda clase de libros — novelas preferentemente, — y desde hacía un año — y no tenía más que quince — publicaba "cosas" en los diarios y revistas. Ello enorgullecía íntimamente al martillero, pero, al mismo tiempo, le inquietaba un tanto. ¿Sería bueno que un muchacho como Jorge, una criatura casi, tuviera ya tales quebraderos de cabeza? Pero, ¿era Jorge una criatura?

Alto, fuerte, despejado, resuelto, el muchacho aparentaba la misma edad que sus amigos habituales, todos mayores de veinte años. Su padre, a regañadientes de su esposa y las hijas, le había dado las libertades que muchas veces no se otorgan a un hijo, aun después de ser todo un hombre. Jorge tenía su llave de casa, y hasta permiso para fumar. Y por si fueran pocas las prerrogativas, también disfrutaba de acceso libre a la caja de hierro, para que no tuviera que pedir plata al padre, cuando el joven la necesitara. — Si ha de salir torcido, — pensaba el vasco Gorriti — da lo mismo que le tire o afloje las riendas. Y si, como parece, el muchacho es inteligente y serio, nada se pierde con que haga desde el comienzo su santísima voluntad...

Pero la franca autonomía de Jorge en el hogar, no debió considerarla el hombrecito suficiente, porque una noche, cuando toda su familia le esperaba para comer, llegó a la casa un mensajero. Traía una carta de Jorge dirigida al padre, y decía así:

"Papá: No me esperen. No iré por casa en un tiempo; no sé cuánto. Quiero vivir mi vida, como Dora, el personaje de Ibsen. Usted y mamá, y todos, son ustedes muy buenos conmigo, pero yo, en casa, me ahogo. Me resulta pequeña. No se preocupen por mí. Tengo un buen puesto en un diario, y he alquilado una pieza con un amigo. Tomé de la caja, para instalarme, mil nacionales. Se los devolveré oportunamente. Con el cariño de siempre, inalterable, les abraza. **Jorge**".

La madre, lloró; las hermanas, lloraron también. El viejo Gorriti, al principio, soltó unas cuantas interjecciones. Después, volvió a leer la carta, y terminó por romper a reír, a carcajadas.

— ¡No se pongan así! ¡No es para tanto! Nada malo puede ocurrirle a Jorge... ¡Es un hombre ya! Y apostaría que lo que dice de ese Ibsen, es cosa de polleras... ¡Ja, ja, ja!

II

"CHERCHEZ LA FEMME"

Y no se equivocaba el viejo rematador. Un poco intoxicado por sus atropelladas lecturas, la actitud de su hijo había respondido, en parte, a un prematuro deseo de independencia absoluta; pero, aunque su resolución no fuese precisamente un hecho demasiado delictuoso, el "cherchez la femme" policial, no fallaba, ni mucho menos, en aquel caso.



La mujer que Jorge había encontrado, sin buscarla, se llamaba modestamente, Cipriana García. Y distaba bastante de ser un producto literario.

La conoció en un biógrafo de barrio, donde el joven Gorriti entró una tarde para admirar a la deliciosa ingenua Collen Moore. Estaba a obscuras la sala, y se sentó en la primera localidad que encontró vacía.

—¿Qué pone ahí? — oyó que preguntaba una mujer, al parecer de arrogante aspecto, que había a su lado, a otra espectadora próxima.

La aludida comenzó a leer, casi deletreándola, la leyenda de la cinta, pero cuando estaba en la mitad, siguió la acción de la película.

— ¡Qué rabia! — murmuró su vecina. Aquella mujer no sabía leer, indudablemente, y a su compañera le faltaba poco para que le ocurriese lo mismo. Jorge, galante, se brindó a leerles los letreros explicativos, y ellas aceptaron de buen grado. Cuando se hizo la luz, Gorriti pudo ver a sus improvisadas amigas. Una de ellas era una mujer de edad, delgada y encogida, con la cabeza blanca. La otra — Cipriana — era algo imponente. Le llevaría más de la cabeza, y calculando con cierto optimismo, debía pasar de los ciento diez kilos. Su rostro, de facciones ordinarias, no resultaba desagradable del todo, pues aunque salpicado de pecas y señales de viruelas, los ojos negros y brillantes, y una boca enorme y fresca, le comunicaban cierta gracia reventona y saludable.

A los chicos, por su misma pequeñez, suelen seducirles las cosas grandes. ¿Quiénes admiran a los elefantes más que las criaturas?

Jorge, a pesar de sus lecturas mal digeridas, por las que se consideraba un hombre ya, era, forzosamente, y contra su voluntad, un niño en muchos aspectos. Y le atrajo aquella mujer gigantesca, el polo opuesto de la delicada Collen Moore, tras cuyos suaves encantos había penetrado en el cine.

Pensaba Jorge alimentar su fantasía con una masita de puro chantilly, y se le brindaba un robusto plato de callos a la andaluza. (Cipriana era malagueña.)

Bien. Apechugaría con los callos. Y es que su fogosa imaginación no resultaba incompatible con su estómago envidiable...

III

"DUO D'AMORE"

Simpatizaron fulminantemente.

Él tenía — ya lo hemos dicho — quince años, y ella cuarenta; él era un pichón de intelectual, y ella una planchadora analfabeta. Cuando Jorge intentó enamorarla, Cipriana se le adelantó, y lo conquistó implacablemente.

Como les ocurre a las personas muy corpulentas, casi sin excepción, Cipriana era una mujer bonachona, y, a su modo, hasta sentimental. Se emocionaba con facilidad, tenía lagoterías de nena mimosa. Jorge, alucinado por su inmensa humanidad, no podía ver el lado grotesco de una muralla suspirante, y concluyó por identificar a Cipriana con las espirituales heroínas novelescas, incluso con la frágil Dama de las Camelias. Y fué el Armando de aquella formidable Margarita...

¡Señor, tenía quince años!

IV

NOCHE ACIAGA

Un día de ese calor húmedo y pegajoso de los veranos porteños, Cipriana le contó a Jorge su historia. Esta no correspondía a la figura de la planchadora, por suerte para el muchacho, pues de no ser así, habría resultado algo demasiado voluminoso.

Queremos decir que la historia de Cipriana, si lamentable, como casi todas las historias, era breve. A poco de llegar de España a Buenos Aires se había casado con un sinvergüenza, borracho y jugador, que le proporcionó toda clase de disgustos, intentando hasta golpearla, lo que no le resultó fácil, naturalmente, pues además de mal hombre, hubiera necesitado ser su marido un discreto boxeador. Ella aguantó los vejámenes todo lo que pudo, hasta que, al fin, comprendiendo que aquello no tenía remedio, se separó de su esposo.

La íntima conversación tenía lugar una noche, en el patio de un conventillo, hacia el 1.500 de Bolívar, donde Cipriana tenía su tallercito de planchado, y en el que también, a medias con un amigo, el muchacho había alquilado una pieza.

Sofocado por la descortés temperatura, Jorge se había aligerado de ropa, que dejó en su habitación, encontrándose más cómodo en mangas de camisa y zapatillas. Pero, a pesar de lo sumario de su indumentaria, o quizá por ello mismo, al conocer el infortunio marital de Cipriana, tanto como compasión, experimentó inquietud.

— ¿Y no te molesta el individuo? — le preguntó, cauteloso. — ¿Nunca intenta verte?

— Al principio vino algunas veces. Ahora hace ya mucho tiempo que nada sé de él, por fortuna...

Aquello tranquilizó a Jorge, que se puso, conmovido, a secar el rostro de la afligida planchadora. La tarea resultaba algo dificultosa, pues tenía que buscar las lágrimas en los agujeros del rostro de su amiga, varioloso aunque rozagante...

Calmada ya la emoción que en Cipriana causaron sus confidencias, continuaron charlando animadamente. Como el joven Gorriti no podía tener historia propia, para no quedar disminuído a los ojos fosforescentes de su interlocutora, se adjudicó la azarosa vida del protagonista de una novela de Maupassant. Ello causó no poca admiración en la planchadora, que lo escuchaba embelesada.

Su arrobamiento, sin embargo, no era tanto que no advirtiese que había una persona junto a la puerta de su pieza,

distante unos metros de donde ellos platicaban. Dió un respingo, y poniendo una mano en la boca de Jorge, le señaló la aparición, murmurándole, nerviosa y demudada:

—¡Fíjate! ¡calla!...

El joven Gorriti pegó un salto, presintiendo la tragedia.

—¿Será?... —musitó alteradísimo.

—No sé. No temas nada...

En la puerta de la habitación de la planchadora, cerrada con llave, sonó un puñetazo, y una voz aguardentosa ordenó con imperio:

—¡Abrí, Cipriana!

—¡Mi marido! —exclamó la fenomenal andaluza, ahogando la voz, con los ojos desorbitados.

Jorge se abalanzó a su cuarto, por fortuna próximo, poniéndose apresuradamente la ropa. No tenía ningún arma. Agarró un bastón, dispuesto a defenderse.

—¿No me oís? ¿Estás acostada? —interrogó el otro con voz insegura, reveladora de una alta presión alcohólica.

Cipriana no se movía, aterrorizada. Jorge, blandiendo el bastón, sólo esperaba que el tipo se acercase para partírselo en la cabeza.

—Si estás en cama, ¡vestite! Tengo que hablar con vos. Ya mismo vuelvo...

Cipriana y Jorge lo vieron alejarse, oscilante, hacia los fondos del conventillo. La planchadora corrió a abrir la puerta de calle.

—¡Aprovechá, Jorge!

No hubiera sido necesaria la invitación. No la terminó Cipriana, cuando ya de un salto salió fuera el muchacho, alejándose veloz.

Tomó por Garay, caminando varias cuadras sin detenerse. Al fin volvió la cabeza, comprobando con satisfacción que nadie le seguía. Por si acaso, continuó su caminata una cuadra más, aunque a velocidad más moderada.

Al llegar a Tacuarí, se detuvo, indeciso. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir?

Era la una de la mañana, y en su precipitación, al ponerse la ropa se había olvidado el cuello, y, lo que era peor, también los calcetines. Claro que en el diario en que trabajaba, habría gente todavía. Pero, aparte del mal efecto que causaría a sus compañeros, presentándose en la redacción cuando estaba franco de servicio, la opinión que de él se formarían habría de ser del todo desastrosa, al verlo en situación semejante. ¿Qué hacer, entonces? Porque volver al conventillo no había que pensarlo siquiera...

Gorriti caminaba muy despacio, desorientado y perplejo. De pronto oyó los ecos de una orquesta, y distinguió un haz de luz en la vereda de enfrente. Provenía de un portón chillonamente iluminado, y hacia él se dirigió resuelto, luego de meditarlo unos segundos.

En la entrada, en una pizarra, escrito con tiza, se anunciaba: "Hoy gran baile. Caballeros, un peso. Señoras, gratis." Lo mejor era entrar, por el momento. Una vez dentro, más sosegado, decidiría el camino que le conviniese tomar...

El local —era sábado— estaba concurridísimo. Jorge se sentó en el bar —cantina, no exageremos, —procurando pasar desapercibido. Para llamar menos la atención, se subió el cuello del saco, cuidando de esconder los pies debajo del asiento.

Por suerte, nadie reparó en él, lo que le permitió beberse la cerveza y fumarse un cigarrillo con toda tranquilidad. Del salón de baile llegaban estridentes sonidos, a cuyos compases tangueaban varias parejas. El muchacho aplaudía in mente su feliz idea de haber entrado allí...

Pero estaba determinado que a Gorriti esperasen nuevas emociones aquella noche aciaga. En efecto, se oyeron, cercanas, fuertes discusiones, y, de súbito, sonó un disparo. Hubo carreras, voces

descompuestas, alaridos de las mujeres. Jorge, con un grupo de gente, se abalanzó a la puerta. Pero en ésta apareció un vigilante, que no dejó salir a nadie. En seguida lanzó unas pitadas de auxilio, y al poco rato, entre abundantes guardias, Gorriti, con todos los concurrentes, fué llevado a la comisaría de la sección.

La cosa se iba complicando alarmantemente. Primero, a punto de ser interpelado por un marido beodo e irascible. Ahora, camino de una comisaría, entre un grupo de personas, cuyos nombres, seguramente, no figuraban en la crónica social de ningún diario. Además, según decían, del bochinche había resultado una mujer medio muerta, o muerta del todo, y existía diversidad de opiniones sobre quién había sido el heridor. No faltarían, pues, indagaciones y careos. Y él se vería mezclado en un "affaire" tan poco edificante... ¡El caos!

No se amilanó, sin embargo, Gorriti, y desde el primer momento trató de que no se le confundiera con la turba de sujetos, más o menos maleantes, que con él estaban, formados en fila, en el patio de la seccional. Dos veces intentó que el oficial de guardia lo escuchase, pero las dos veces fracasó en su propósito. El oficial lo rechazó con dureza.

—¡Andá a la fila con los demás! Ya habiarás cuando se te interrogue. Ahora vendrá el señor comisario...

Hubo que levantar de la cama al jefe, que tras larga espera, llegó, al fin, con el humor que es de suponer.

Nuevamente ensayó Jorge hacerse oír, pero esta vez no llegó siquiera a acercarse al comisario. De un manotón, un sargento viejo y achinado, lo reintegró a la fila.

Y comenzó el interrogatorio. Cuando le llegó el turno a Gorriti, se adelantó decidido el muchacho, y sin contestar a las preguntas que se le formulaban, se aproximó al comisario, diciéndole en voz baja, como de confidencia, pero en un tono de protesta altiva:

—¡Señor comisario! ¡Le ruego me escuche en reservado! Yo soy una persona decente...

—Bien, bien. Conteste a lo que se le pregunta —se limitó a responderle el jefe. —Diga su nombre nomás...

—Es que... ¡Señor comisario! Yo no soy como estos otros. ¡Yo soy una persona decente!...

El comisario lo miró de arriba abajo, desdeñoso y burlón.

—¡Está bueno! Usted es muy decente, ¿no?

—¡Sí, señor!

—¿Y las medias?

Anonadado, Gorriti no supo qué decir. El podría ser muy decente, pero la verdad que su estado no era el más a propósito para demostrarlo. Sintió que se le encendían las mejillas, no estando seguro de que el suelo no se moviera bajo sus pies, a menos que no fuese él quien vacilase sobre el pavimento. Como guardara silencio sobre lo que seguía preguntándosele, fué mandado de nuevo a la fila, y se prosiguió el interrogatorio de los demás.

Jorge notó que se le miraba con curiosidad marcada y malévola. Su mutismo, sin duda, había sido interpretado por algunos como un claro indicio de su culpabilidad... ¡Estaba divertido!

De pronto, vió el cielo abierto. Había llegado a la comisaría un nuevo oficial. Gorriti lo conocía. No estaba seguro si se apellidaba Méndez o Menéndez, pero no dudaba que lo conocía, y, lo que era más importante, que aquel hombre trataba a su padre.

En cuanto lo tuvo a tiro, se le acercó. El muchacho apretaba los dientes, pues temía que de la emoción se le saliera el corazón por la boca... El oficial, tras un breve y para Gorriti angustioso titubeo, reconoció al muchacho. Estaba tan delgado y pálido...

—¿Anda enfermo?—le preguntó, afectuoso.

Gorriti explicó su caso al oficial. Sonriendo, éste conversó en voz baja con el comisario, y en seguida fué pasado a otra habitación, donde al cabo de un largo rato se le unieron ambos.

Venían contentos y satisfechos. De la Asistencia Pública informaban que la herida de la mujer no era grave, y, por otra parte, ya había confesado el autor del disparo. El comisario, desaparecido su enojo, se mostró con Jorge amabilísimo. Podía estar tranquilo el muchacho. No se le molestaría con declaraciones ni en el sumario figuraría su nombre para nada. Además, enterado por el oficial de su aventura, se había mandado un vigilante al conventillo, y en seguida le serían entregados el cuello y las medias...

Reían los policías contemplándolo, y como no había en sus risas más que simpatía y hasta cordialidad, Jorge concluyó por reír con ellos. Pero dejó de hacerlo cuando supo que el oficial había telefoneado a su casa, avisando a su padre para que viniese a buscarlo. Aquello resultaba depresivo para su condición de hombre emancipado, y tentado estuvo de pedir permiso para retirarse, evitándose así la humillación de reintegrarse al hogar, y en aquellas circunstancias sobre todo...

Advirtió el oficial su disgusto, explicándole la causa del aviso. Estaba tan desmejorado, que supuso que no se encontraba bien de salud. Además, ya tenía noticia por su padre de su marcha del hogar, lo que el hombre lamentaba, más que nada, por la actitud de la pobre madre, que se pasaba los días llorando...

Casi simultáneamente llegaron a la comisaría la planchadora y el viejo Gorriti. Cipriana venía a tranquilizarle. Su marido se había limitado a pedirle unos pesos, marchándose en seguida que se los dió...

Como al tiempo que le informara de lo sucedido, derramase furtivas lágrimas la opulentísima matrona, los policías, reprimiendo a duras penas su regocijo, los dejaron solos en la habitación.

A los pocos segundos entró el vasco Gorriti. Cipriana, adivinando el parentesco de aquel hombre con su esforzado galán, se retiró presurosa.

El rematador contempló en silencio a su hijo, antes de empezar a hablar. Su gesto agrio y duro en un principio, se dulcificó de inmediato. Y lejos de reprender a Jorge, hizo gala de su carácter jovial y zumbón.

—Te felicito, che...

—¡Papá! —exclamó el muchacho, corrido. —Yo te explicaré...

—No, si no vengo a retarte. Yo también me marché una vez de casa, y por una mujer, mucho antes de conocer a tu madre... Ahora, que no era tan gorda como esta. Porque vos podrás ser periodista y literato, pero salís a tus abuelos, que ya sabés que tenían tablajería...

—¡Papá —protestó el muchacho, molesto por las bromas zahirientes de su padre.

—Lo único que me consuela es el haberte encontrado a la semana de separarte de nosotros. Porque si tardás quince días en hacerte ver, ya no te reconocemos. No sos ni tu sombra. ¿Es que no has comido en estos siete días?

—Bien, papá. Termine de farrearme. Voy a acompañarla...

—¿Qurés acompañarla? ¡Pobrecita!... Claro que no está bien que camine sola una "muchacha" tan indefensa... ¿Por qué no la llevás a casa, y se la presentás a tus hermanas?

A punto Jorge de contestar bruscamente a su padre, aquella chuscada lo desarmó, y no pudo menos de sonreír. Notándolo el viejo Gorriti, abrazó a su hijo por los hombros, diciéndole mientras lo envolvía en una mirada de tierna bonhomía:

—¡Vamos, muchacho! Como calaverada, ya es bastante. Ahora, a dar un beso a la pobre vieja, que desde que te fuiste, no hace más que llorar, y con mi ausencia estará sobresaltada...

La evocación de la madre llorosa conmovió al muchacho, que se dejó llevar dócilmente. El padre añadió, socarrón y cariñoso:

—Te advierto que el tío Lisandro ha mandado cuatro jamones de Córdoba, que no vendrán mal para que recuperes los kilos que has perdido. Y como en tu carta decías que la casa te venía pequeña, he mandado levantar dos metros todas las habitaciones...

Los policías los despidieron con franca cordialidad.

—Conste, amiguito —le dijo el comisario, palmeándolo, —que ya no pondré en duda que es usted una persona decente.

—¡Decente, pero sin medias! —exclamó para sí, sonriendo, el joven Gorriti, acordándose del apuro pasado.

AGUSTIN REMON

LA RENUNCIA DEL GENERAL IBAÑEZ



SE HALLA ENTRE NOSOTROS EL GENERAL IBAÑEZ, ex presidente de la república de Chile que renunció en vista de los últimos acontecimientos que surgieron en el país hermano. En esta fotografía se ve al presidente renunciante junto al doctor Arturo Alessandri, en el año 1925, cuando éste era presidente de Chile y el general Ibáñez ministro de Guerra. Ahora el doctor Alessandri, que se hallaba desterrado, ha vuelto a su patria, invitado para intervenir en los destinos de la república. El recibimiento que el pueblo chileno ha hecho al ex presidente Alessandri es de los que compensan de todas las amarguras del destierro



EN SEGUIDA DE PRODUCIRSE LA RENUNCIA DEL GENERAL IBAÑEZ, al doctor Arturo Alessandri, que residía entre nosotros, se le invitó para que regresara a su patria. A despedirlo fueron distinguidas personalidades, entre ellas el doctor Alfredo L. Palacios gran amigo del doctor Alessandri

Foto M. González Arrili



ESTA ES LA UNICA FOTOGRAFIA EN QUE POSO EL EX PRESIDENTE DE CHILE, general Ibáñez, a poco de llegar a Buenos Aires, y fué tomada en el hotel donde se hospeda

Foto Carbonell

CHARLAS FEMENINAS

¡DICHOSA NIÑEZ!

Dichosa niñez confiada, que tiene ausencia total de temores.

Que no sabe de peligros; ni de asechanzas.

Dichosa niñez que mira con avidez la vida, que escucha con anhelos de aprender, que pone para cada cosa banal y pequeña la importancia de todos los sentidos.

Dichosa niñez ignorante de mezquindades, creyendo que cada hombre, que le supera en años, es superior en cultura, hombres superados todos por el niño humilde y sumiso, valiendo mil veces más que quien le supera en años...

Dichosa niñez, ignorante y confiada, ausente de todo temor, que no sabe nada, nada de la vida..., que no sabe siquiera que las enfermedades son las alas de la muerte.

Dichosa niñez que no sabe siquiera que la niñez es lo mejor de la vida.

EL MAR

El inmenso mar me atrae. Reposo mirándole; le estudio y le escucho.

Mil colores diferentes, nunca la misma forma en su movimiento, nunca la ola que muere será igualada por la que nace.



El mar se parece a las almas, a mi alma; como ella, yo he tenido tempestades, calmas, coloridas olas que van y que vienen, tormentas que se agitan y conmueven; mas yo digo, mi alma no ha gritado sus dolores, los ha callado; no ha rugido como el mar, ni bramado. Mi alma, tan honda como el mar, tan agitada, tan luciente o tan tormentosa tiene sobre el mar el privilegio de saber silenciar.

EL DUELO

¿Que el honor quede lavado por unas gotas de sangre y la ofensa reparada? Yo lo creo. Creo que el duelo es una cosa ridícula, de opereta. Es de mal tono y antiestético, aunque los hombres se crean muy elegantes en esas posturas cursis y violentas.

Mandar los padrinos, es para los hombres lo mismo que decir: "soy un valiente".

La valentía está en dar directamente unas buenas cachetadas.

En Inglaterra, donde los hombres son tan elegantes, no existe el duelo.

¡Batirse! Pero si es cosa inexplicable que dos hombres se aguanten una ofensa, mientras cuatro amigos disponen un duelo donde nunca se matan! Y esos arreglos duran a veces tres o cuatro días, y en frío, van al terreno del honor.

Es más chic romperse la cabeza de un bastonazo en el instante de la ofensa, que hacer tanta publicidad de coraje... y habilidad...

Yo creo que el duelo es cosa de fantoches.

EL AMOR SALVA SIEMPRE

El amor es estímulo y es consuelo, hay que abrazarse a él fuertemente, porque él es siempre ancla; en una forma o en otra es siempre el vencedor en la vida del corazón. Es la ley de la existencia, es el sol y el color para el alma, es la fuerza del espíritu.

No importa a quién amemos ni quién sea el que inspire el amor; feo o lindo, rico o pobre, grande o pequeño, ¿qué importa?... Si sabe merecer y ganar el amor, ya es grande y poderoso.

El amor es el manto color de rosa que va extendiéndose delante de nuestra vista y bajo nuestros pies.

El anima el brazo y decide la acción, él empuja nuestro paso, y en su rara fuerza, y en su rara virtud, nos hace creer que el dolor no es dolor ni el llanto, llanto.

El canta siempre en nuestro pecho su alegre y su sonada canción, y donde hay canciones, las puertas se cierran y pasan de largo el hastío y el mal.

LA INOPORTUNA

Es la mujer inoportuna la que pregunta lo que no se le dice, la que se instala, viendo nuestra preocupación, a contar la suya; la que llega en el momento en que vamos a salir, y no obstante vernos con el sombrero puesto, se queda de visita. La que pregunta el precio de un objeto, la que nos habla mal de las gentes a quienes estimamos; en fin, la que ve el traje reformado, la que ve el cabello teñido, la que mira curiosamente, mientras conversa, todo el arreglo de la casa, y a más el nuestro personal. La inoportuna es un ser aparte, falto de consideración y de educación, que abunda por desgracia en nuestra sociedad.

EL BIEN DEL CORAZON

¡Qué fortuna vivir para uno solo, creer en uno solo, adorar, besar unos labios solamente!

Mas las mujeres tienen el alma inestable y el cerebro lleno de curiosidades y de fantasías, y no quieren al amor sosegado, seguro y tranquilo. Siempre que se van, siempre que se divorcian, lo hacen porque tienen una idea ya preconcebida en los derechos que da la libertad. El motivo verdadero está ahí, en que quieren vivir para otro y besar otros labios, y para lograrlo buscan la excusa en cualquier razón, que no es, precisamente, una razón, sino un pretexto absurdo y banal.

Se empeñan en vivir la vida áspera de las emociones desconocidas, que es lo mismo que querer a atravesar un campo de espinas con traje de tul: un jirón aquí, otro allí; mil jirones, y cuando han logrado franquear el campo, del traje de tul no queda ya ni un añico.

Así ocurre con la emoción, se rompe se gasta y en plena juventud se agota, y lo peor es que ya no brota, que ya no crece, que ya no nace más. Pasa con ella lo que con los ríos: corren, pasan y no vuelven.

Es una fortuna inmensa, desmedida e incalculable para la salud del corazón la ventura de vivir para uno solo, creer en uno solo, adorar, besar unos labios solamente.

MESEC TUBAT

LA TRAGEDIA DE CINDERELLA



Rosa Wittner, la hermosa maniquí, que halló la muerte en un esfuerzo desesperado por reconquistar el amor del hombre a quien los prejuicios de la sociedad arrancaron de su lado

ROSA Wittner, una hermosa maniquí empleada en una de las más suntuosas tiendas de Viena, reencarnó, en parte, el personaje de aquella muchachita pobre, pero bella, a quien un príncipe encantador halla en el bosque, y prendado de su hermosura la lleva al suntuoso palacio de sus padres, para luego hacerla su esposa. Pero mientras esta heroína de los cuentos que tantas veces hemos leído en nuestra infancia termina sus días feliz y dichosa al lado de los seres que la aman, el Destino no quiso que Rosa pudiera hacer lo mismo. Tal como en las narraciones, ella era una joven muy pobre y muy hermosa, y el apuesto príncipe, el barón Ricardo de Geymuller, dueño de un magnífico castillo en Kamenitz, pequeño pueblecito de Checoeslovaquia. Rosa trabajaba de modelo en una gran tienda vienesa, percibiendo un escaso sueldo, que apenas le permitía vivir decentemente.

Había quedado huérfana siendo aún muy pequeña, debiendo desde entonces trabajar para poder vivir. No tenía amigos ni amigas, de manera que su propio retraimiento y su soledad le habían proporcionado, hasta cierto punto, un carácter desconfiado y huraño. También ella, muchas veces, en la obscuridad de su cuarto, soñaba con algún príncipe que pronto vendría a rendirse a sus pies y llevarla a sus lujosas posesiones, prendado de su belleza.



Barón Ricardo de Geymuller

Pero a la mañana siguiente Rosa hacía burla de sus tontos sueños y volvía a reanudar su tarea. Cierta vez, un caballero muy elegante y buen mozo vino al negocio donde ella trabajaba. Solicitó se le mostraran varios tapados de piel, pues quería hacer un regalo a su hermana. Rosa exhibió en su cuerpo varios de los más costosos, que agradaron mucho al señor. Compró uno de ellos, y luego de un rato de conversación con la joven, comenzó a ponderar su hermosura con palabras amables y muy dulces. Se presentó a sí mismo como el barón Ricardo de Geymuller, que se encontraba en Viena pasando unos pocos días de vacaciones, solo y casi sin saber adónde ir. Le dió su tarjeta, diciendo que podía telefonearle en cualquier momento, y para lo que gustara. Rosa la tomó, y con una sonrisa de agradecimiento despidió al joven. Aquella noche, nuestra heroína no pudo apartar de su mente la imagen del apuesto y amable barón, pero no dejándose dominar por sus primeros impulsos, decidió olvidar por completo el incidente.

Dos días después el joven apareció nuevamente en la tienda con el pretexto de comprar otro vestido. Al día siguiente se presentó por tercera vez, diciendo que deseaba cambiar la prenda llevada anteriormente, pues no le agradaba el color, y renovó su conversación. Con palabras más dulces que nunca le comunicó que pronto partiría de Viena, que se hallaba hastiado por completo de la clase de vida que llevaba, solo, sin amigos ni amigas de ninguna especie. ¿Nunca había Rosa experimentado tal sensación de soledad? ¿Sí? Y entonces ¿por qué privarse de una mutua compañía?

Rosa nada dijo, y el barón se retiró, más desilusionado que nunca, pero con el consuelo de haber podido manifestar al ser a quien amaba, el tedio que le envolvía. Aquella noche, la joven abandonó la tienda a las siete, y resonándole aún en los oídos las palabras del barón, se dirigió a su hogar. Le pareció hallarlo más frío, más desolado que nunca, y, decidida, venciendo escrúpulos, pidió el número de la casa del caballero. Escuchó su voz, y luego de un breve cambio de palabras, le dijo:

—Me encuentro muy sola y quisiera pasear un poco. ¿Sería tan bondadoso el señor, que me quisiera hacer compañía?

Media hora después, un magnífico automóvil se detenía ante la casa de Rosa. Era el del joven, que venía a buscarla.

Cuando horas más tarde la bella empleada regresó a su hogar, su modo de pensar y las ideas que hasta ahora había tenido acerca de las amarguras de la vida, sufrieron un cambio total. Por su parte, el barón Geymuller no partió de Viena, como lo tenía pensado. Todas las noches aguardaba a la joven en la puerta de la tienda, para rogarle que dejara su empleo de modelo. Con frases cariñosas trataba de convencerla, diciéndole que esa clase de trabajo redundaría en perjuicio de la felicidad de ambos.

No discutieron más sobre este punto, y ni siquiera se atrevieron a sugerir la idea de un probable casamiento, aunque es muy cierto que los dos alimentaban ese secreto deseo.

Pero llegó, al fin, el momento en que el barón se vió obligado a dejar Viena. Sin poder contener sus impulsos, el joven le habló de los proyectos que tenía, acabando por declararle su amor y el ansia de hacerla su esposa. Contestó la bella con una sonrisa radiante de felicidad y mensajera del anhelado sí.

Se separaron, quedando de acuerdo en que, durante la estada en sus dominios, el barón arreglaría todo lo necesario para el enlace, al mismo tiempo que comunicaría a sus familiares la decisión que había tomado. Pero, cuando un mes más tarde regresó, no pudo el joven ocultar ante ella su tristeza. A su familia no le había agradado nada la idea de que un noble como él pudiera unirse a una maniquí de tienda. Por supuesto, que a él no le interesaba nada la forma de pensar de sus padres. Era rico, libre y podía, por tanto, y sin temor alguno, ligar su destino al de la mujer a quien amaba. Pero al mismo tiempo le gustaría no quedar enemistado con su familia, con la cual jamás había tenido el menor disgusto. Propuso a Rosa que abandonara su empleo. El le costearía algún curso de educación en un colegio, y en esa forma, al cabo de pocos meses ambos se hallarían en un plano más o menos aceptable. Pero ella no cedió a esta propuesta, diciéndole que no deseaba ocasionarle gasto alguno mientras no fuera su esposa. Conocía demasiado la fuerza del mutuo amor que se profesaban y estaba dispuesta a esperar.

Cuatro semanas más tarde el barón regresó a Checoeslovaquia con el objeto de pasar unos días en la casa de su hermano, y con la esperanza de poder convencer a éste acerca de sus planes matrimoniales.



Patio del castillo a través del cual paseaban los amantes

A poco de su partida, la tienda donde Rosa trabajaba quebró, cerrando sus puertas y despidiendo a todo el personal. Vanos fueron los esfuerzos hechos por la joven, tendientes a procurarse un nuevo empleo. Se encontró casi sin dinero, y, desesperada, decidió ir a buscar a su novio. Cuando llegó a las posesiones de Geymuller se halló con muchas personas, invitadas a la fiesta que en esos momentos se realizaba.

Demostrando más confusión que sorpresa, el barón la recibió, al tiempo que le comunicaba lo dichoso que era al poder presentar a sus familiares la mujer con quien se iba a casar. Los nobles la examinaron con curiosidad, una curiosidad evidenciada en sus gestos con disimuladas muestras de desagrado, pero que, a pesar de todo, no pasaron desapercibidas para ella. Pronto comenzó a sentirse incómoda en la casa. Reconocía que esa gente pertenecía a una clase muy distinta a la que ella acostumbraba a frecuentar. No podía unirse a sus conversaciones, porque no las entendía. Le parecía que hablaban de cosas extrañas, ajenas por completo a su entendimiento, y no se atrevía a hablar delante de ellos por temor a que sus frases, huecas y desprovistas de interés dieran la evidencia de su escasa educación. Profesando temor y odio al mismo tiempo a todo cuanto le rodeaba, comprendió la imposibilidad de continuar tal clase de vida. Decidió regresar a Viena, y así se lo comunicó al barón, manifestándole lo desdichada que era. El joven la consoló, asegurándole que pronto se casarían. Dentro de dos semanas el regresaría a Kamenitz, donde tendría lugar la boda. Le dió dinero suficiente para que comprara lo que le hiciera falta, fijando el día en que él la esperaría allí.

Exactamente quince días después de esto, Rosa llegó a Kamenitz, un pequeño pueblo cerca de Praga. Se sorprendió al no hallar al barón en la estación, pues le había prometido que iría a esperarla. Tomó entonces un carruaje, dando la dirección del castillo.

Cuando descendió y llamó a la puerta de la lujosa mansión, se sintió más sorprendida aún al enterarse de que, según los sirvientes, el señor se encontraba ausente, pero que había dejado una carta para ella. Con manos temblorosas, atormentado su cerebro por funestos presagios, Rosa abrió la esquela. Era, en efecto, de su amado, y en ella le decía que jamás podrían casarse. Reconocía que le era imposible introducirla en las altas esferas sociales en que él se hallaba, no teniendo, por otra parte, el valor necesario para enemistarse con su familia e iniciar así una lucha que forzosamente acabaría con su propia derrota. No se atrevía a decírselo a ella cara a cara, y por eso le enviaba el escrito acompañado de un cheque por una discreta suma de dinero.

El golpe fué tan rudo para la joven, que durante unos minutos no supo si reír o llorar. ¿Qué podría hacer ahora? No tenía a nadie en el mundo que la amara. Sin empleo, sin hogar, ¿adónde ir? Comprendió que nada le restaba ya, y decidió poner fin a su vida. La muerte era el último refugio que le quedaba y lo único que la libraría de sus sufrimientos. Regresó a Praga y compró un revólver. Pero no quiso matarse sin antes ver a su novio una vez más. Amaba demasiado, y por eso quería dar su último adiós al ser a quien más quería en el mundo y de quien tanto mal había recibido.

A la mañana siguiente volvió a trasladarse al castillo del barón, siendo detenida en la puerta por los sirvientes, quienes le volvieron a manifestar que el señor no se hallaba presente. Rosa contestó que esperaría su regreso, pero con gran sorpresa de su parte, se le negó la entrada en la casa. Ante esta infamia, perdió la joven por completo el dominio sobre sí misma, y amenazando a los sirvientes con el revólver, forzó la entrada. Tres lacayos corrieron detrás suyo, intentando detenerla, pero, más rápida que ellos, la joven tuvo tiempo de entrar en un gran salón de la planta baja, cerrando la puerta tras sí, y gritando:

—Al primero que trate de tocarme, lo mato.

En vista de esto, los sirvientes telefonearon a la estación de policía, reclamando la presencia de un vigilante. Llegó éste y encontró a Rosa parapetada tras una gran pila de muebles apoyados contra la puerta y dispuesta a todo. Poco después, tres gendarmes más llegaron, intentando violar la cerradura. Por toda contestación la joven disparó un tiro que fué a herir a uno de ellos. Y ahí, en uno de los más lujosos salones de la señorial mansión del barón de Geymuller se libró un recio tiroteo que duró cinco minutos, al cabo de los cuales los gendarmes pudieron derribar la puerta y entrar.

Encontraron a Rosa tirada en el suelo, mortalmente herida de un balazo. Fué transportada en automóvil a un hospital cercano, donde murió una hora después. Durante el trayecto no cesaba, débil y dulcemente, de nombrar a su amado. Sonreía con una sonrisa triste y apagada. Tuvo aún fuerzas para brindar su último adiós al hombre en quien depositara toda su fe, su vida entera. Y murmurando frases dulces e impregnadas de amor, entregó su alma al cielo, llevando en sus ojos estampada la imagen del barón que reencarnaba para ella la figura de aquel príncipe encantador tantas veces soñado.

MANUEL REYNOSO

Un hombre enfermo

AQUEL hombre, pequeño, un poco amarillo, sentíase enfermo, gravemente enfermo, sin que él supiera fijamente lo que tenía. ¿Cómo se llamaba su enfermedad? Lo ignoraba también. Pasaba las horas "escuchándose" a sí mismo, auscultándose; y de ese modo su imaginación le anticipaba dolores que escapaban a todo diagnóstico. Frente al médico, inclinado frecuentemente sobre su cuerpo delgado, escaso de carnes, respiraba anhelante, afanoso, como si al fin — después de pensar tanto en ello, — iba a saber el nombre de su enfermedad.

Pero no. Se equivocaba de nuevo. Le desarmaba la respuesta del médico, sonriente y fría, un poco irónica:

— ¡Usted no tiene nada, amigo! ¡Usted está sano, completamente sano!

¡No! ¡Imposible! Aquel médico no quería curarlo. No sabía encontrar la causa de su mal.

— ¡Sano! ¡Completamente sano!

Con estas palabras le acompañaba hasta la puerta y desde ella lo despedía amigablemente, tal vez con la seguridad de que pronto le vería de nuevo en su consultorio. No obstante, le recetaba algo, unas gotas para este o aquel dolorcito, un tónico para los nervios, unos polvos para después de las comidas, etc., pero siempre, invariablemente, al despedirle le decía lo mismo:

— Sano...

Después, aquel hombre pequeño, delgado, un poco amarillo, por un tiempo se tranquilizaba. No pensaba en su misteriosa y extraña enfermedad; llegaba a creer que, en realidad, estaba sano. Hasta que, de improviso, cambiaba de opinión: "Sentía" dolores, allá, dentro, en su cansado cuerpo, en su miserable envoltura de carne. Y nuevamente la inquietud, la duda, mortificante, obsesionante — de todos los días, de todas las horas, — de aquella su terrible enfermedad le sacudía los nervios, ponía un poco de color en sus mejillas, le hacía latir más apresuradamente las sienes. Y sentía un deseo loco de correr hasta la casa del médico, llamarlo a gritos desde la calle, insultarlo, abofetearlo y clavarle en los oídos, en el cráneo, esta otra palabra :

— ¡Mentira! ¡Mentira!

Y después, cuando lo hubiera desconcertado, humillándolo con su derrota, decirle claramente:

— ¡Yo no estoy sano! ¡Yo estoy enfermo, gravemente enfermo!

. . . .

Una tarde, quién sabe por qué, el médico le anunció:

— Le voy a decir cómo se llama su enfermedad...

¡Al fin! El hombre pequeño y amarillo se alegró. Iba a saber el nombre de su antigua dolencia. ¡Hacía tantos años que lo esperaba!

— Lo escucho, doctor.. ¡Hable! Dígame, ¿qué tengo yo?

— Usted está enfermo hace mucho tiempo...

— Es cierto, doctor. Pero, ¿de qué?

— De soledad...

Se miraron. El paciente tenía un brillo extraño en los ojos. El médico le observaba serenamente. Quería leer a través de aquellos ojos asombrados el efecto desconcertante de su examen. Ante sí tenía un hombre enfermo, no del cuerpo, sino del alma, y quería, ahora, de una vez por todas, curarle el alma.

— No entiendo... — dijo el enfermo, débilmente.

— Es sencillo... ¿Hace mucho tiempo que usted está solo en la vida?

— Mucho... Desde que murieron mis padres...

— Su mal es antiguo... No es de ayer ni de hoy... Es de años... Abandone los remedios, deje las drogas y... ¡cásese! Forme una familia... Preocúpese por ella... Sufra, luche, trabaje por ella... Lleve su vida de movimiento, de acción, y verá cómo todos esos dolores que no existen más que en su imaginación, desaparecerán por completo...

— Pero... yo...

— Nada, amigo. Ya sabe usted cuál es su enfermedad... Ahora, trate de curarse, más adelante será peor... ¡Adiós!

Aquella tarde, el hombre pequeño salió del consultorio turbado, sin orden en sus ideas, martillándole algunas palabras del médico, aquel viejo rival a quien no lograba vencer:

— ¡Soledad..., familia..., vida!...

En el trayecto a su oficina siguió pensando en lo mismo:

— ¡Soledad!...

. . . .

Por la noche, en su habitación, miró en su vida hacia atrás...

Reflexionó... Tenía cuarenta años... Había quedado solo, completamente solo. La muerte pasó muy cerca de él llevándole todos los afectos, minándole las raíces que le clavaban en la tierra, haciéndole sentirse más fuerte. Al último golpe — el fallecimiento de la madre — todo él se tambaleó. Sintió que su cerebro se obscurecía, que el mañana era un fantástico signo de interrogación, acompañándole a todo lo largo de su existencia, ya definitivamente rota, y tuvo miedo... Un miedo absurdo, infantil, de niño abandonado. Y se replegó en sí mismo, separándose del mundo sin dejar de pertenecer a él, para vivir consumido por sus penas, por sus melancolías, como si en aquella soledad total alguien, desde la sombra, le impidiera reír... Mató él mismo su alegría, y al cabo de diez años era un anónimo oficinista, avejentado, un poco calvo, sin color en las mejillas y sintiendo dolores — imaginativos o reales — por todos los órganos de su cuerpo.

— ¡Familia!...



No... Para llegar a ello primero había que enamorarse, y para enamorarse era necesario desterrar de su alma aquella tristeza, apartarse de esa compañera enfermiza que lo tenía siempre clavado en la cruz de sus amarguras. Sólo que, para ese fin, lo urgente, lo inevitable, era la lucha que debería librar consigo mismo en la cárcel negra de su alma... Y el miedo a intentarlo le paralizaba, el miedo a salir de aquel mundo interior que se construyera para él solamente, le impedía moverse. Era el mismo pánico que sintiera ayer, diez años atrás, cuando se quedó solo en una calle de la vida, como una criatura abandonada... Esa noche, cuando se acostó en su cama pequeña, modesta, pobre, de aquella pensión económica donde vivía, sintió en los ojos humedad de lágrimas y se propuso no volver jamás a la casa del antiguo enemigo, del médico aquel, que no acertaba nunca a curar su enfermedad...

. . . .

Desde entonces, ya no pensó más en consultar a ningún médico. Perdió la fe en ellos. Poco a poco se afirmó en su cerebro la idea de curarse solo, de ser él su único médico. Porque hoy estaba más convencido que nunca de su dolencia, de su grave como inexplicable enfermedad. Insensiblemente, sin notarlo casi, fué acostumbrándose a leer en periódicos y revistas toda la propaganda referente a los nuevos remedios que aparecían diariamente. Por ejemplo, si leía en un aviso que las píldoras X eran indicadas para suprimir los dolores del hígado, él, que jamás había sentido nada en el hígado, comenzaba por sentir allí un pequeño dolor, cuyo tardío descubrimiento le asombraba. Inmediatamente adquiría una caja de esas píldoras. Luego se abismaba en la lectura de unos comprimidos que se recomendaban para ayudar digestiones difíciles, y leyendo, leyendo, terminaba por sentir un peso extraño en el estómago, y adquiría también los comprimidos. Cuanto más leía, más reconocía que él sufría de "aquello", de "todo aquello" que decía el aviso. En esa forma, sin control autorizado, sin opinión médica, iba el pobre comprando cuanto producto asomaba a la plaza comercial acompañado de una propaganda excesiva, creyendo ingenuamente haber descubierto "su" enfermedad. Por su habitación hallábanse desparramados frascos, cajas, tubitos, todo en diferentes tamaños, haciendo pensar que aquel hombre delgado, un poco pálido, pretendía encerrar en ella toda la salud que afirmaban devolver los avisos. Tenía miedo de que la salud se le escapase y la salud, burlándose cruelmente de él, le iba poco a poco, más de lo que creía, envenenando lentamente por todas aquellas drogas, y aumentada su otra enfermedad del alma por la soledad angustiosa de los años que pasaban sin que le trajeran al infeliz ninguna emoción. ¿Familia? ¿Afectos? ¿Preocupaciones? ¡Bah! Palabras de un médico que no quiere confesar su fracaso por orgullo profesional... Menos mal que, en adelante, no lo necesitaba, ni a él ni a otro. Se curaría solo, sí, para ello tenía las indicaciones de los periódicos, de las revistas, de los folletos que venían dentro de todos aquellos comprimidos, píldoras, tónicos, polvos... No sentía el oficinista que la salud se le iba de entre sus manos, temblorosas y pálidas, como si fuera algo que no podía retener, algo que dentro de poco se le iría definitivamente, para siempre...

. . . .

Así fué. Sucedió lo previsto. Una mañana el hombre aquel amaneció muerto, en su cama de pensión económica, rodeado de todos sus remedios. Con los ojos fijos en ellos, con la esperanza de la salud que no le devolvían, pasó de un sueño a otro sueño sin dolor, sin quejarse; a lo sumo, tal vez, con un suspiro.

El médico aquél que lo atendiera en otras épocas no supo su fallecimiento. De no ser así, quizá se habría dicho para sí mismo, después de pensarlo un poco:

— Lo mató... el propio miedo a la muerte...

JULIO FRANZOSO

UNA FIESTA EN EL "SWIFT GOLF CLUB"



SEÑORITAS QUE OBTUVIERON SU DIPLOMA DE VISITADORAS DE HIGIENE en Adolfo Alsina, acompañadas de los doctores Cometto, Reyna (hijo) y Beretervide, reunidos el día que las visitadoras recibieron su título



CABECERA DE LA MESA DEL BANQUETE QUE SE LE OFRECIÓ AL DOCTOR CARLOS E. COMETTO en el Swift Golf Club de la localidad



EL DOCTOR CARLOS E. COMETTO con una de las señoritas que asistieron al baile que se efectuó en su honor, organizado por un núcleo de damas y caballeros de Adolfo Alsina



UN SONRIENTE GRUPO DE SEÑORITAS DIRIGIÉNDOSE AL CAMPO DE DEPORTES DEL SWIFT GOLF CLUB para participar de la fiesta que se realizó en honor del doctor Cometto

Fotos Martín

HABLANDO CON TODOS DE TODO UN POCO...

ES NECESARIO AUMENTAR LAS PROFESIONES DE CUELLO PLANCHADO

LAS PRECARIAS EXIGENCIAS DE NUESTRAS INDUSTRIAS FUNDAMENTALES. — ENORME PROPORCION DE TRABAJADORES SIN OFICIO DETERMINADO. — JUSTIFICACION DE LA EMPLEOMANIA.

EN su despacho de la inspección de Enseñanza Secundaria, Ernesto Nelson se mece, aburrido, ante un expediente que descansa sobre el escritorio. Cuando le formulo el tema de mi encuesta — esta semana me he sentido un poco educador — echa atrás la butaca y me mira perplejo.

La verdad es que acabo de hacerle una pregunta de esas que no pueden contestarse así, de sopetón.

—*¿Hacia que oficio o profesión orientaría usted a nuestros muchachos?*

Debo cobrar en esos instantes contornos un tanto imprecisos para el profesor Nelson, porque se acomoda las gafas para contemplarme. Las gafas, en realidad, materializan su asombro.

Como el silencio que ha seguido a mis palabras no se interrumpe, insisto:

—*¿Es que no le parece a usted un problema interesante el que acabo de plantearle?*

—¡Muy interesante! Estamos de acuerdo en eso. Lo que no creo es que pueda resolverse así, con una respuesta. Se trata de un problema demasiado complejo, vinculado con tantos otros problemas nacionales...

Esa manera de restregarse las manos y de levantar de tanto en tanto un poco la mirada, me indica que se dispone a entrar en materia. Nadie más autorizado para evacuar la consulta que el autor de *Nuestros males universitarios, La enseñanza secundaria desde el punto de vista social* y tantos otros trabajos docentes, difundidos por medio del diario, la revista y la conferencia.

Para encauzar mejor sus ideas trato de ampliar un poco el cuestionario.

—*Tengo el convencimiento, señor Nelson, que le he propuesto a usted una cuestión argentina verdaderamente angustiosa. No nos cansamos de pregonar, sobre todo los moralistas baratos del periodismo, que es necesario desviar a la muchachada nueva del vicioso cauce de la Universidad y de la burocracia, cuyas lamentables consecuencias adquieren en estos momentos proporciones tan catastróficas. Ahora bien: ¿hacia dónde la orientamos? ¿Cuál podría ser, en su concepto, el rumbo general que podríamos señalarle?*

—Yo no me atrevería a indicarle un rumbo, a pesar de que vivo casi exclusivamente preocupado de estas cosas.. Créame que, después de meditarlo mucho, he llegado a reconciliarme un poquito con la burocracia y con nuestra Universidad, aun contrariando principios de mis propios libros... La burocracia es la que nos permite, en cierto modo, el nivel de cultura de que disfrutamos, no justificado todavía por el desarrollo económico argentino. La cultura, para mí, viene a ser como un subproducto de la industria. Dígalo usted con otras palabras para que no le suene a herejía, pero no podrá negar la afirmación. La cultura es el resultado del desarrollo intelectual que exigen los medios productores del país. De las grandes naciones industriales de Europa provienen las culturas más intensas...

Hace una pausa, durante la cual sólo se oye el suave chirriar de la butaca que gira. Yo aguardo con verdadera ansiedad las conclusiones a que ha de llevarlo razonamiento tan sorpresivo.

—El argentino es todavía un país — continúa el profesor Nelson — de industrias rudimentarias. ¿Qué complicación intelectual requiere, a ver, nuestra producción de carnes, cereales y lanas? ¿Es un negocio éste, acaso, que exige para atenderlo numeroso personal de un tecnicismo que podamos llamar ya cultura?

—*La prueba más evidente de que basta para desarrollar nuestra actividad rural un empirismo corriente, por lo menos entre la gente de campo, la da esta circunstancia: los agrónomos y veterinarios, con ser pocos, sobran. Ahí los tiene usted merodeando por las oficinas públicas.*

—Lo he dicho alguna vez. Todos los alumnos de las facultades y escuelas agropecuarias del país, reunidos, caben en uno de nuestros colegios nacionales. Vamos llegando, pues, a la conclusión que quería presentarle. Nuestra cultura es superior aun a las necesidades de nuestra economía; se sostiene, exclusivamente, merced a la burocracia, artificialmente. De ella, y en menor proporción de las profesiones liberales, viven, en puridad, los argentinos cultos. Muy poco es lo que absorben la incipiente industria, el comercio y sus actividades derivadas: periodismo, publicidad, etc. No podría darle, ahora, cifras...

—*¿De manera, profesor Nelson, que la burocracia es un mal nacional del que no podremos curarnos? Ni siquiera tendremos derecho a criticarlo. ¿A qué le echaremos la culpa de nuestros males en lo sucesivo, los moralistas baratos del periodismo?*

En los ojos de mi entrevistado relampaguea una sonrisa.

—Ya ve usted. Es una verdadera lástima que los fenómenos no ocurran al paladar de los pedagogos... y de los moralistas del periodismo. Tal vez la burocracia deje de alarmarle tanto cuando sepa que ella ocupa nada más que el diez por ciento de los argentinos que trabajan. Las profesiones liberales representan un uno por ciento. Son datos extraídos del censo del 14.

—*No me parece mucho.*

—No, no es nada alarmante. En otros países las proporciones son mayores. Lamento no poder darle cifras de memoria. Pero no nos apartemos de la cuestión que usted me plantea: ¿qué rumbo podría indicárseles a los muchachos, en general, para que por su cultura no pesaran en la burocracia, clase que no produce, consume, y que cada vez es más numerosa? Porque podemos llegar a justificarla, así en los términos en que lo hemos hecho, pero no se trata aquí de fomentarla. Está visto que nuestros recursos ni siquiera toleran las existencias actuales de empleados.

—*Ni hace falta tal estímulo, profesor Nelson. Se sabe que los argentinos, cuando no heredan una estancia — o por lo menos una profesión lucrativa, — nacen pidiendo un empleo público. Esto no figura en ningún censo, pero es rigurosamente exacto. A uno le horroriza pensar en la cantidad de candidatos a jefes de las distintas mesas de entradas del país que habrá en el año 1954, por ejemplo.*

Sin tener mayormente en cuenta mis palabras — lo que me parece muy bien — Ernesto Nelson, que ha tomado ya el necesario impulso, continúa desarrollando su pensamiento.

—¿Qué orientación les damos a esos 51.000 hombres de 16 a 25 años que, según los cálculos estadísticos, se incorporan a las filas de trabajadores todos los años? La verdad que, más que el Ministerio de Instrucción Pública, debería resolver el problema el de Hacienda. Es, efectivamente, un asunto de regulación económica: encauzar la gente dentro de las actividades útiles del país, evitando la libre competencia actual, de resultados tan ruinosos. Convendría, en otras palabras, conectar la educación — y aun la simple orientación profesional — hacia las verdaderas necesidades nacionales. Ni más ni menos que como se hace en los colegios militares, que producen exactamente la cantidad de oficiales que requieren los cuadros del ejército y de la armada. ¿Hacen falta tantos especialistas en tal cosa, en los yacimientos petrolíferos, pongamos por caso? Se regulan, en consecuencia, los cursos de la escuela industrial. Los frigoríficos "consumen" un número determinado de técnicos o peritos, las usinas lecheras lo mismo. Bueno, hay que proveerlos con cierta armonía, dentro de lo posible, se comprende. Es ridículo seguir produciendo peritos innecesarios, que terminarán fatalmente por gravitar en la burocracia protectora, ya que ella, en el peor de los casos, le asegurará medios de subsistencia compatibles con su condición y su cultura.

"Esto así, en general — continúa el profesor Nelson. — Falta saber ahora cuáles son las verdaderas necesidades del país, hasta qué punto tienen capacidad sus industrias para absorber a los nuevos contingentes de muchachos. Tengo la impresión que nuestras industrias, por su calidad, necesitan muy pocas de las que los norteamericanos llaman *whi-*



te collar profesión (profesiones de cuello planchado), que son las que verdaderamente nos interesan desde el punto de vista de la educación. Lo demás, los *unskilled*, los hombres sin oficio determinado — jornaleros, peones, etc., — deben preocupar simplemente al Departamento del Trabajo. Eso entra ya en el problema de la desocupación, que no es, por cierto, el que usted me ha planteado.

— *¿Y qué proporción de "unskilled" registra nuestro país?*

—Una proporción muy grande: el 55 por ciento. Es la consecuencia de nuestra industria rudimentaria que le he señalado desde el principio. Por eso insisto en que es antes un problema de economía que de educación el que me trae. Por mi parte — yo no sé en qué aguas navega usted — no creo en una protección industrial que llegara a arruinarnos el mercado cerealista, que es nuestra base.

— *Pero podríamos, por lo menos, ir complicando las industrias primarias de manera que requiriesen, cada vez más, profesionales de cuello planchado. Pongamos un ejemplo tomado al azar. La ciudad de Buenos Aires consume diariamente ochocientos mil litros de leche. De ellos apenas sesenta mil están en condiciones higiénicas. Cien mil litros son agua. Ahora bien, el proceso corriente de producción de leche — el que da por resultado casi toda la que consume la ciudad — necesita exclusivamente ordeñadores, peones, repartidores: "unskilled", en fin.*

"Para obtener los sesenta mil litros higiénicos, en cambio, se requieren ya veterinarios, tenedores de libros, empleados, etcétera: "white collar profession". Perfectamente, impongamos la pasteurización obligatoria, y además de cumplir con un requisito imprescindible para nuestra higiene urbana, habremos aumentado la demanda de profesionales de cuello planchado. ¿No es así? Precisamente el mismo director de la Asistencia Pública, doctor Roberto Acosta, me señaló esta posibilidad como una de las ventajas de su proyecto de ordenanza sobre producción y venta de la leche. Lo mismo podría decirse de muchas otras industrias."

— Por ahí va bien la cosa, por ahí va bien. Me parece que esa es la verdadera manera de encarar el problema, porque todavía nuestro mercado general del trabajo tiene una organización primitiva: consiste en pequeños núcleos de labor presididos por un patrón más o menos empírico y rutinario, rodeado de operarios por lo general de escasa cultura. Lo que intelectualiza la industria, lo que le permite recibir una infusión de cultura, es su organización, a base de integraciones y de relaciones recíprocas con otras formas del trabajo humano. Todas estas cosas hacen necesaria la cooperación cada vez mayor del hombre inteligente y culto. En California he visto profesores universitarios trabajando en empresas frutícolas. A un joven químico argentino se le ofrecía, a los pocos días de llegar a Nueva York, un empleo en el laboratorio de un molino. En la Metropolitan Life Insurance hay todo un ejército de médicos y escritores que atienden las oficinas dedicados a irradiar sobre la clientela consejos higiénicos. Efectivamente, nuestra salvación está tal vez en la alta industrialización de nuestra producción propia.

— *¿Debemos aumentar, en consecuencia, el mercado para los profesionales de cuello planchado?*

—Claro, claro. Pero yo no sé si complicando nuestras industrias primarias, como usted dice, lograremos satisfacer realmente todas las aspiraciones educacionales del país... Me parece difícil, pero siempre es un procedimiento... Sin duda el mejor... Como ve, no es un problema ya para el Ministerio de Instrucción Pública.

Ernesto Nelson me mira ahora con una sonrisa benévola.

— Por lo menos no me exigirá usted ya la respuesta categórica que pretendía al principio... ¡Estos periodistas se vienen con cada pregunta!...

LA MUSA POPULAR

MOTIVOS INTIMOS

I

Yo sería el mejor
de los hombres del mundo,
si tuviera alegrías
y no sufriera el yugo
de mi larga existencia
de penas e infortunios.

Con tan sólo un poquito
de ilusión y de lujo,
yo sería el mejor
de los hombres del mundo.

II

Ni tú ni yo sabemos
hacer frente al destino;
acatamos su fallo
con dejo de vencidos,
y seguimos esclavos
de nuestros egoísmos.

¿Por qué somos cobardes?
¿Por qué no nos unimos
y en una muerte dulce
vencemos al Destino?

José M. Braña

CAMINO DE LUZ Y POESIA...

Obediente a la voz de mi destino,
doliente peregrino,
que camina hacia el fin de la jornada
sin prisa de llegar, pensando en nada,
marchaba tristemente en mi camino.

Cuando de pronto, por la senda mía,
como luz que anunciara el nuevo día,
llegaste, mi adorada;
con un rayo de sol en la mirada,
y un pedazo de cielo en tu alegría.

Y el sendero que triste yo seguía,
doliente peregrino,
obediente a la voz de mi destino,
llenó la claridad de la alborada,
que trajo tu mirada.

Y el que fuera sendero de agonía,
fué camino de luz y poesía.

Arnaldo Pons Veñs

EN SILENCIO

En el mayor silencio yo me acerqué a tu lado
llevando la esperanza de mi hermosa ilusión.
¡Por fin se realizaba lo que yo había soñado!...
¡Cómo tembló de dicha mi pobre corazón!

Te miraba en silencio. Yo estaba emocionado
quizá, por esa grata y anhelada ambición,
de poder acercarme y encontrarme a tu lado,
y escuchar los latidos de tu buen corazón.

Y en un abrazo largo de aquél grato momento
nos envolvió la danza. Y un mismo pensamiento
cubrió nuestras miradas apasionadamente.
Después, cual sol que muere con sus reflejos rojos
yo vi que te alejabas, y la luz de tus ojos
envuelta en mi ternura cruzó amorosamente.

Marcos Aguirre Córdoba

PARA LAS MADRES

GRIETAS

Sólo puedo contestar la pregunta que se me ha dirigido, indicando como lo de mejor resultado la aplicación, después de cada succión que haga el niño, del "Bálsamo Delacour".

Contestando a "S. S. S."; de Río Negro.

✤ ✤ ✤

Cuadro comparativo aproximado de la composición de la leche de los animales domésticos usuales y de la humana (por mil)

	Cas.	Lact.	Mant.	Sales
Leche de mujer	15	63	35	2,5
" " burra	14	65	11	4,3
" " yegua	21	55	14	—
" " vaca...	35	45	37	7,0
" " cabra	47	48	60	9,0

✤ ✤ ✤

DESINFECTANTE

Para la piel y las heridas

Solución de oxicianuro o bicloruro de mercurio al 1 por 1.000 (que se calentará en bañomaría, o se adicionará con un poco de agua hirviendo).

Otro.

Paquetes de un gramo de bicloruro de mercurio y 3 gramos de ácido tártrico (cada uno para un litro de agua hervida).

Otro.

Pastillas de bicloruro (de 1 gramo) u oxicianuro de mercurio (cada una para un litro de agua hervida).

Contestando a "Alfonso XIV", de Atalaya.

ANTES DE TOCAR UN NIÑO PARA SU BAÑO, LAVADO DE OJOS, ETC., ES PRECISO LAVARSE PROLIJAMENTE LAS MANOS CON AGUA HERVIDA, JABON Y CEPILLO, Y ENJUAGARSE CON AGUA HERVIDA O ALCOHOL

EL AUMENTO DE PESO

Un niño debe aumentar de 25 a 30 gramos por día, durante los cuatro primeros meses. En los otros cuatro siguientes, de 15 a 25, y en los últimos cuatro meses, unos 10 gramos por día.

Contestando a "Maruja", de Flores.

✤ ✤ ✤

LAS REGURGITACIONES

Muchas veces suele alarmar sobremanera a las madres el que los niños, después de haberse alimentado, tengan un pequeño vómito. Este se produce en el noventa por ciento de los casos por exceso de alimento: el niño arroja el excedente de lo que ha mamado.

En estos casos la leche sale sin haberse modificado, tal como fué ingerida.

Si estos casos se repitieran con harta frecuencia, convendría entonces reducir algo el tiempo de la lactancia.

Contestando a "Martha Susana", de Lanús.

✤ ✤ ✤

EL ALIMENTO

La leche de vaca, indudablemente, es el alimento que debe prevalecer en el régimen de un niño hasta que éste llegue a los dos años de edad. Convenientemente diluída, de acuerdo con las indicaciones que en cada caso dará el médico que vigila a la criatura, la leche de vaca pura, el gran alimento infantil, por ser ella, además de fácilmente digerida, poseer un enorme poder nutritivo.

Contestando a "A. de del C." de Rosario de Santa Fe.



PARA LAS MADRES QUE VIVEN EN EL CAMPO

Sabios consejos del doctor Delio Aguilar, eminente médico argentino, ya fallecido.

Son cuatro las enfermedades graves que pueden matar a sus hijitos. El tétano, o mal de los siete días; la rabia; los tumores de agua o quistes hidatídicos y el paludismo o chucho o fiebre intermitente.

Principales precauciones contra los tétanos: Exija a la persona que la atiende cuando nace el niño que se lave perfectamente las manos y que se las enjuague con alcohol o aguardiente y *que todo lo que ha de tocar el ombligo del niño haya sido esterilizado.* Pídalo con ese nombre en la botica, y, sobre todo, la gasa. O si no, use género blanco hervido media hora y conservado en una cacerolita nueva y quemada con alcohol. Igual precaución con la seda o el hilo con que ligarán el cordón.

Todo lo que pueda estar sucio con tierra es muy peligroso para su nene mientras no esté cicatrizado el ombligo, así como ser, bolsas viejas sucias, telas de araña, pelos de caballos, objetos de cuero sucios de barro, etc.

Cada vez que lo curen, exija iguales precauciones como si fuera la primera vez.

Contra el *chucho* o *paludismo* y otras enfermedades:

Tenga cuidado que los mosquitos, especialmente las moscas u otra sabandija cualquiera piquen a sus nenes. Cuídelos el mayor tiempo posible la cara y las manos con tules de mosquiteros. Rellene los charcos y pantanos que estén cerca de las casas. No deje nunca que el estiércol quede amontonado a menos de doscientos metros de su casa. No deje a sus niños tomar agua o bañarse en los charcos y lagunas. Especialmente si hay mortandad de aves o de cualquier otro animal.

Contra los *quistes* y la *rabia: Ante todo, sus niños no son perros, luego entonces no tienen por qué vivir ni jugar juntos con los perros y gatos.*

Si puede haga una enramada o un cerco de alambre tejido alrededor de la casa, o busque la manera de impedir que sus hijos vivan o estén en contacto con los perros y gatos u otros animales. Que sus hijos tengan para jugar cuando son chicos, un patio, al cual no lleguen aquéllos.

Si un perro está triste, que parezca enfermo, aléjelo inmediatamente. No lo deje entrar a las habitaciones ni que los nenes lo toquen.

Algunos estados patológicos del niño, por lo frecuente, violento, inesperado, requieren algunas nociones para actuar eficazmente en tales casos. Véase:

Convulsiones: Desnudar y acostar al niño. Habitación aireada. Cabeza elevada. Con una esponja mojada en agua fría, pasarla rápidamente por todo el cuerpo. Enema de uno o dos vasos de agua tibia con dos cucharadas de glicerina o aceite. Titilar la campanilla (úvula) y más adentro aún, con una pluma, o con el dedo, para provocar un vómito.

Baño tibio si no hay fiebre, prolongado hasta media hora o más sin ningún temor.

Si hay fiebre, no bajar de 32°.

Echar en un pañuelo unas gotas de cloroformo y acercarlas suavemente a las narices del nene, renovándolas varias veces con precaución. Esto, mientras llega el médico. Pasado el ataque, calma absoluta y dieta de agua.

Doctor Delio Aguilar.

EL BIBERON

El biberón que contendrá el alimento para el niño debe elegirse (contrario a lo que se cree) de boca ancha, pues con ello se consigue una fácil y escrupulosa higienización, lo que con los otros tipos es casi imposible. Estos frascos conviene, como mejor medida de higiene, hervirlos antes de llenarlos.

Es de una gran importancia que el frasco sea graduado, pues con ello sabemos siempre exactamente la cantidad de líquido que la criatura ha tomado.

En cuanto a la tetina, debe observarse con ella las mismas medidas de profilaxis observadas con el biberón.

Es de tenerse muy en cuenta este detalle: el alimento que se administre al niño en el biberón debe ser tibio, a la temperatura que más se acerque al seno de la madre.

Conviene acercarse el frasco a la mejilla antes de dárselo al niño, así sabemos si quema o si está bien.

Al tomar el biberón debe sostenerse al niño exactamente en la misma posición que cuando éste mama.

Debe tenerse también la precaución de llenarse b'en la tetina con el líquido, y esto se conseguirá de acuerdo a la posición del frasco. De esta manera el niño gastará sus fuerzas en succionar únicamente alimento, y en ningún momento aire, que es lo que pasará de no seguirse este consejo.

Contestando a "Billi Dove", de Santa Rosa.

✤ ✤ ✤

EL HIPO

Cuando el niño es pequeñito, no debe nunca alarmar a la madre el que muy a menudo tenga hipo. Por el contrario, esto es síntoma de salud, pues en ellos es en los que con más frecuencia se nota.

Contestando a "Zulema", de Capital.

LAS VENTOSAS

Para muchas personas el colocar una ventosa es todo un problema de difícil solución. Hay varios procedimientos para aplicarlas, pero sin duda el más fácil para las personas inexpertas es el siguiente:

Se cortan varias rodajas de papa, las que se colocan en el sitio donde se aplicarán las ventosas al enfermo. En el centro de la papa se clava un fósforo, al que se ha tenido la precaución de quitar la cabeza (para evitar la pequeña explosión), se le enciende y se coloca sobre él la ventosa.

Contestando a "María del Carmen", Chaco.

✤ ✤ ✤

TUBERCULOSIS

Generalmente acompaña siempre, desde sus comienzos, la fiebre a la tuberculosis. La mayoría de las veces el enfermo ni la advierte, pero la denuncia constantemente el termómetro, acusando por lo común, a la caída de la tarde, que es cuando debe tomarse la temperatura, 38 grados o algo más también.

Otro síntoma para esta enfermedad, y en que se denuncia claramente la fiebre, es por las noches, mientras el enfermo duerme humedece con la transpiración la almohada.

Contestando a "Afiebrada", de Trenque Lauquen

✤ ✤ ✤

EL PESO DE UN NIÑO

El peso de una criatura nacida antes de tiempo generalmente oscila entre 2.500 gramos como máximo y 1.200 y hasta menos aún como mínimo.

Contestando a "Picabea", de Bánfield.

TODA MUJER QUE HA SALIDO DE CUIDADO Y NOTA QUE SUS PIERNAS SE HINCHAN Y LE DUELEN, DEBE PONERSE EN CAMA DE INMEDIATO PARA EVITAR UNA MUERTE REPENTINA.

LA MADRE

La leche que la madre da a su hijo está constituída por componentes que puede decirse han sido elaborados expresamente para la salud del niño. Posee: albúmina o caseína, grasa o manteca, lactosa o azúcar de leche, sales minerales, fermentos entre los cuales están las "vitaminas". Es de todos conocido que cualquier alimento con las altas temperaturas que producen los calentamientos excesivos pierden su valor nutritivo, por eso la leche de la madre, que pasa directamente a la boca del niño a la misma temperatura, es el alimento más conveniente para el lactante.

Contestando a "N. C. O. de B." de Capital.

✤ ✤ ✤

CONSECUENCIAS DE LA "COQUELUCHE"

Efectivamente, la "ulceración de la lengua" es la complicación más frecuente y quizá más inofensiva de la "coqueluche". Se trata de una ulceración circular, pequeña, situada en el frenillo de la lengua. El enfermo no sufre con ella ninguna clase de molestia, pues es indolora, y para saber sobre su existencia es necesario que el médico la busque.

Contestando a "Clarisa", de Pehuajó.

Hay que empezar la educación del niño desde el nacimiento

G. ARAOZ ALFARO.

Por las últimas lecturas hemos sabido que...

●●● la altura del mar Caspio es de **25 METROS BAJO EL NIVEL DEL OCEANO**; la del mar Muerto, de 427 metros.

●●● ocurre con frecuencia **QUE, EN MOMENTOS DE APURO HACE FALTA UN CUENTA GOTAS QUE NO SE TIENE A MANO.** Para esos instantes difíciles es bueno saber servirse de una cuchara, utensilio que no falta en ninguna parte. Debe saberse, pues, que una cucharadita de las de café equivale a sesenta gotas, y que una cucharada de las de sopa representa tres de las de café.



...un navegante inglés dice que cuando las aves marinas se encuentran volando en alta mar, a demasiada distancia de la tierra para poder proporcionarse en esta forma el agua dulce, **SACIAN SU SED EXCLUSIVAMENTE CON LAS GOTAS DE AGUA DE LLUVIA**, revoloteando debajo de las nubes.

●●● un hombre de ciencia alemán **HA DESCUBIERTO UN APARATO QUE PUEDE REGISTRAR LA CANTIDAD DE ENERGIA QUE GASTA UN PIANISTA** al ejecutar diversas clases de composiciones musicales, que se clasifican para esta clase de medida.

●●● entre los muchos inventos que a diario se hacen para comodidad de los automovilistas, no es de olvidar el que consiste en orientar al conductor sobre la provisión de combustible. Hay un aparatito que consta de una luz roja, que se enciende automáticamente **CUANDO SE HA TERMINADO LA NAFTA, Y UNA BOMBITA AZUL QUE SE PRENDE EN EL PRECISO MOMENTO** en que se acaba el aceite.

●●● las ramas de un árbol que crece en Africa **TIENEN UNA GRAN ATRACCION PARA LAS OSTRAS.** En algunas ramas bajas que tocan el agua se forman colonias tan numerosas de ostras, que el árbol no puede erguirlas. Esta circunstancia, conocida por los habitantes de la región, les sirve de guía para pescar al moluscos sin esfuerzo.



...para que no **SE ABRAN LAS BOLAS DE BILLAR ACABADAS DE FABRICAR**, hay que colocarlas durante dos meses más o menos en una habitación totalmente seca.



...según podemos advertir al leer la "Biblia", **EL BESO ERA UNA COSTUMBRE GENERAL ENTRE LOS ANTIGUOS JUDIOS.** Los principales que recordamos son:

El beso de Jacob a Raquel, cuando la encontró en el pozo; el de José, cuando recibió la visita de sus hermanos; el que dió Moisés a su suegro Jetró; los besos de paz dados por David a Absalón y a su amigo Jonatás; el famoso de Jacob a Esaú, al robarle el derecho a la progenitura; el que villanamente dió Jacob a Amara, antes de matarle, y, por último, el del traidor Judas a su Maestro.

●●● a título de curiosidad para los lectores de Mundo Argentino insertamos **LAS CARACTERISTICAS CORRESPONDIENTES A LOS NOMBRES DE VARON MAS CORRIENTES:**

Enrique. — Nombre que denota seriedad, audacia, independencia, fuertes convicciones y buenos sentimientos.

Roberto. — Bajo un exterior calmoso y frío, son violentos y poseen obstinada voluntad.

Eduardo. — En general los de este nombre son generosos y buenos, aunque tienen apariencia de ser pretenciosos y amigos de alabarse.



...**EL APIO ES UN ALIMENTO MUY BUENO PARA LOS QUE PADECEN DE REUMATISMO.** Igualmente se aconseja para las enfermedades de los nervios y en las dispepsias.

Fernando. — Gran imaginación, que llega a veces hasta la extravagancia, alegres y versátiles.

Julio. — Aunque poco extendido este nombre, es sinónimo de reflexión, de contracción al trabajo y de gran sencillez.

Francisco. — Afectos a grandes empresas, conducen los negocios más positivos en poeta, diremos. Sin embargo, obtienen éxitos inesperados con sistema tan paradojal.

Jorge. — Nombre que predomina en los medios artísticos. Da imaginación, calma positiva y carácter siempre conciliador.

Gabriel. — Tendencia a la dominación y dados a las especulaciones que exigen fineza de espíritu. A pesar de su apariencia egoísta, tienen mucho corazón.

Juan. — Gran dulzura de carácter. Su voluntad como su energía son débiles. Tienen gustos delicados y muy buenos sentimientos.

José. — Los que llevan este nombre son personas excelentes, cuyo principal defecto es creerse poca cosa, por lo cual son tímidos en exceso.

●●● en Siberia, **LOS ARCO IRIS SUELE DURAR UN DIA ENTERO.** Esto es debido a las partículas de nieve que están suspendidas en el aire.

¿CUANDO SE VIO COSA IGUAL EN AQUEL TRANQUILO PUEBLO?

LOS CUENTOS GAUCHOS DE "MUNDO ARGENTINO"

El pueblo celebraba fiesta conforme al programa preparado por la comisión mixta compuesta de las damas, que encabezaba la esposa del hotelero, y los prohombres del lugar: el intendente, el comisario, el juez de paz, el cura párroco, el principal comerciante, el médico, el boticario, el dentista, el escribano, el periodista insultador y el procurador leguleyo, consistente en disparo de bombas a toda hora, desde la salida hasta la puesta del sol; reunión con discurso alusivo a cargo del periodista y declamaciones de escolares en la plaza; tedéum en la iglesia parroquial; desfile de sociedades y público en manifestación por la calle real; carne con cuero, empanadas y vino en el corralón municipal; carreras, sortija, palo jabonado, etc., durante el día, y por la noche baile social con música de banda en el hotel, y popular con orquesta criolla en la fonda.

Desde su cuadrado de casitas chatas parecía saludar con las banderas izadas la presencia de los forasteros. El comercio tenía las puertas cerradas, menos los bares, los hoteles y las fondas. En éstas, de pie junto al mostrador o sentados en los bancos y rodeando las mesas, sorbían el brebaje amílico los bebedores. Sonaban el acordeón gangoso y la guitarra plañidera, y disputábase amigablemente la convidada: — "Pulpero, eche otra güelta"... — Afuera, muchachos traviesos hacían cabriólas. Chicas del pueblo paseaban por la arteria central. Y esposas impacientes asomábanse a puertas y ventanas atisbando el retorno de los maridos festivos, que habían ido al hotel o al "boliche", según sus calidades, a "pillar un copetín", aunque fuera una docena y salieran tambaleantes, temiendo se les recociera el guisado extra que anunciaban las cocinas humeantes al fondo de las casas.



Todo el mundo se divertía, menos "el morocho", compadrito refranero, payador, bailarín, asiduo y celebrado contertulio de los bailes rancheros donde entretenía a la concurrencia dedicándole cumplidas "relaciones"; improvisando amorosas décimas aconsonantadas en ar, or, ado, ido, y ente... a las jóvenes, que les ponía la epidermis ardiente de puro insinuantes y escandalizando a las viejas gruñonas, que en más de una ocasión lamentaron sus confiados descuidos al sorprenderlo en algún pícaro desliz con la "muchacha". Ahora se le notaba triste, cohibido, como perro flaco que ha perdido el amo, ir y venir por el apartado rincón de su barrio acechando desde la fonda de "el cabezón" la casucha de Flora, criollita esbelta, de diez y seis años, rostro perfilado, con un lunar caprichoso sobre el pómulo izquierdo y chispeantes ojos negros, sombreados por largas pestañas. Advertía la causa, la lavandera doña Simona, prediciendo de modo supersticioso: —"Aquí va a suceder una desgrasia" por esa "mocosa"...

Flora, nada temía. Acostumbrada a verlo, desde que lo despidió devolviéndole sus cartas y décimas de amor escritas sobre papel rosa satinado con palomitas mensajeras y corazones flechados, irle detrás implorándola sumiso, no le hacía caso. Para ella era un infeliz majadero. ¡Qué diferencia con Pancracio Belfigliolli, el peluquero, hijo del patrón de la vinería! El sí, era "lindo moso". Y, además, secretario del "Centro filodramático — recreativo — danzante **La juventud expansiva del Oeste**". Por consiguiente, persona distinguida; no tanto como el intendente, la hotelera, el juez de paz, el comisario y los otros; pero sí de aquel su barrio.

Pancracio habíase metido en el corazón de Flora, haciéndoselo palpitar — decía doña Simona — como las trepidaciones del motor eléctrico de la usina local, que torturaba en la noche el sueño precioso de los vecinos. Ambos tórtolos mantenían siempre su idilio antes de cenar, en la puerta de la casa de Flora. Ahí venía él con puntualidad cronométrica exhalando perfume como un frasco de loción abierto, a cuyo sutil aliento, Flora se embriagaba deliciosamente después de haber aspirado la fetidez producida por el estiércol de las caballerizas, los chiqueros de los cerdos y los residuos arrojados a lo largo de la cuadra. ¡Cómo no iba a sentirse en el cielo con aquel figarillo perfumado!

Este día feriado, Flora recibía temprano de su Pancracio los mimos halagadores. El le deslizaba cálidas palabras al oído y ella derretíase como pan de azúcar al vapor de su boca. Mientras, el "morocho", mordido de celos, espiaba, bebiendo con sus "aparceros" en la fonda de "el cabezón". Sentado sobre un banco redondo, de pino, ocupaba un sitio afuera del mostrador, dando frente a lo de Flora. Allí, el sombrero echado a los ojos, la manta al cuello, el cigarrillo pegado a los labios y el demonio bailándole adentro, ahogaba su pena. Sus compañeros, aludiendo a la pareja, le hacían guiños intencionados Pero, se encogía de hombros, silencioso... Y de improviso salió a la calle sin ser visto. Se encaminó resuelto en desafío a Pancracio. Flora al verlo llegar, lívida, los ojos centelleantes de indignación, lo encaró, bufando: —"¿Qué quiere este descamisao?..."

Mas apenas concluída su soberbia interjección, el puño del "morocho" golpeó la cabeza de Pancracio. Flora huyó adentro chillando auxilio. Pancracio, reaccionando, desenfundó su revólver. El "morocho", poniendo mano al tirador desnudó un largo facón de su vaina plateada. Empuñándolo en la diestra, la manta arrollada al brazo izquierdo en flexión resguardándose el "bulto", la vista alerta escudriñando los movimientos de aquél, cimbreando el cuerpo y dando saltos de agilidad felina, describía con la brillosa hoja siniestros círculos en el aire.

Sonó un tiro, y otro, y otro... Acaso el certero. Vióse al "morocho" tambalear, agacharse . . . Y avanzar con furia, alcanzando a Pancracio y sumiéndole el facón hasta el crucero de la empuñadura, en pleno vientre. Los dos cayeron sobre la vereda. El "morocho", atravesado de bala un pulmón. Pancracio, bárbaramente deshechos los intestinos. Flora retorcíase convulsa, tartamudeando tremendas maldiciones en brazos de doña Simona. Oíase el silbato de los pitos policiales. Corría la gente y deteníase jadeante rodeando a los caídos. Y la madre de Flora como una idiota, perdida entre la multitud curiosa que estiraba el cuello y abría grande los ojos, ávida de no distraer detalle, mientras la policía cargaba en escaleras, a falta de ambulancia y de camillas, aquellos dos cuerpos casi exánimes que pasaban al hospital por breves horas e irían en definitiva al cementerio.

. . . .

La trágica noticia sopló veloz y zumbona como viento pampa en las orejas del vecindario. Desde ese momento el alboroto desconcertador trocó en doliente la conmoción festiva. Cesaron cantos, ruidos alegres, voces y risas, cediendo al suceso que causaba asombro, conmiseración, dolor y protesta.

¿Cuándo se vió cosa igual en el tranquilo pueblo?

Todos decían lo mismo. Y la esposa del hotelero, afectadísima, reunió a deliberar en su casa, a damas y miembros de la comisión mixta.

Ella creía prudente — e interrogaba con los ojos a las damas, al intendente, al comisario, al juez de paz y al periodista — clausurar las diversiones populares, menos el baile social. ¡Ya se habían hecho los gastos!... El intendente prefería el juego de su ruletita "a dos pesos el número, con premio en dinero" instalada en la plaza. El comisario era intransigente a quedar sin carreras: tenía una "depositada" por quinientos "bataraces" y la ganaría sin castigar... El juez de paz, mudo, no comprometía opiniones: sólo pensaba en la posibilidad de dos defunciones y dos inventarios en los que algo se pesca. Y el periodista, orador, acariciaba la ocasión propicia para hacer a página entera, crónica truculenta, corrida y continuada en tres o cuatro números de su "hebdomario" y espichar otro discurso "necrológico" en la "necrópolis" local — como decía enfáticamente, — para luego publicarlo bajo este modesto epígrafe: "El elocuente discurso de nuestro director".

PEDRO TELMO LOBOS

LA BURLA

A veces es irritante y otras nos hace daño. Pero, a pesar de ello, es una de nuestras grandes fuerzas, uno de los elementos constitutivos de nuestra común elasticidad.

Entre los elementos de nuestra personalidad, es el más difícil de definir para los extraños, ante quienes oscila entre la irritación, la impaciencia, una afectación de desprecio y una envidia mezclada de deferencia.

Su gran virtud es la de substraernos al peso demasiado aplastador del destino.

Su gran peligro es el de hacernos preferir la palabra a la acción.

Por colocar una frase oportuna o hacer un bello gesto, perdemos una buena ocasión y cometemos muchas tonterías.

Sepámoslo y seamos capaces de retener nuestra lengua.

Andrés Lichtenberger.

LA FERIA DE LAS MARAVILLAS



COMO VAN QUEDANDO POCAS MUJERES en el mundo que no se hayan cortado el cabello, en Londres últimamente se tuvo el buen humor de realizar un concurso de cabelleras, al que se presentaron numerosas competidoras. He aquí a las finalistas del torneo ante el jurado y el público que asistió al curioso concurso

Foto Keystone



BASTANTE COMPLICADO debe ser esto de jugar al golf con pelotas tan enormes como éstas que la señorita Diana Fishwick, muerta de risa, golpeó con su palo en la inauguración del Campeonato de Golf para Damas de Lancashire (Inglaterra)

Foto Sport y General



CON OBJETO DE COMPROBAR A QUE ALTURA máxima vuelan las moscas, se ha colocado en Boston este aparato cubierto con una substancia pegajosa, donde los molestos animalitos quedan pegados. El aparato se va colocando cada vez más alto, a medida que se hacen las comprobaciones

UN RELOJ TOTALMENTE DE VIDRIO construyó el relojero Willy Hutaus, dedicando a la tarea ocho horas diarias. El original reloj está compuesto con quinientos trozos de vidrio que Hutaus cortó y afiló a mano pacientemente, realizando así una verdadera obra de arte

Foto Atlantic

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR













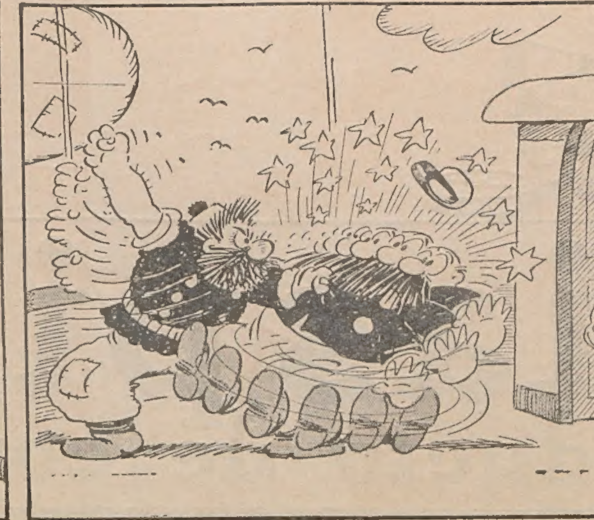








 6-21







¡A Salvo!

Aislados entre témpanos de hielo, tiritando de frío y agotadas las fuerzas, ¡qué inmensa felicidad al divisar al único capaz de rescatarnos y ponernos *a salvo!*

El único remedio que puede rescatarnos del **dolor — de cabeza, muelas, oídos; jaqueca, neuralgia; cólicos femeninos; resfríos, etc.,** — es la Cafiaspirina, noble analgésico que vence al dolor y, sin quebrantar el corazón, los riñones ni el estómago, reanima y levanta las fuerzas.





Cafiaspirina

• el producto de confianza •

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.